La Rosa del Río

Laura Ávila

La Rosa del Río

Ávila, Laura
La Rosa del Río / Laura Ávila;
ilustrado por Nicolás Armano

1a ed. 5ta reimp.
Buenos Aires : Crecer Creando, 2014.
168p. ; 20x13 cm. (Mar de Papel)

ISBN 978-987-9197-43-1

1. Literatura Infantil y juvenil Argentina.
I. Armano, Nicolás, ilus. II. Título

© Laura Ávila, 2012

Colección Mar de papel

Editorial Crecer Creando SA
Viamonte 2052 – Capital Federal
Tel/Fax:4372-4165
www.crecercreando.com.ar

Director de Colección: Mario Méndez
Edición gráfica: monada nómada / Hernán Cardinale

ISBN: 978-987-9197-56-1

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético, por fotocopia u otros, sin el permiso previo o por escrito de los titulares del copyright.

Laura Ávila

La Rosa del Río

Ilustrado por Nicolás Armano

Mar de papel

Para Agustín.

Palabras de bienvenida

¡En doscientos años las cosas pueden cambiar mucho! Pero algunas cosas, como el valor de la amistad, o el desafío de crecer no han cambiado tanto. Y *La Rosa del Río*, esta novela apasionante que te invitamos a leer, nos habla de todos estos temas: de algunos que quedaron allá, en la vieja aldea de hace dos siglos, y de algunos otros que aún perduran.

Personajes históricos, un chico que no sabe hacer nada y una chica que sabe demasiado, una hueste secreta y una misteriosa náyade nos llevan a un viaje hacia el pasado, donde la vida era una constante peripecia y esta tierra todavía no tenía nombre propio, pero ya tenía personas que la amaban y estaban dispuestas a defenderla.

Esperamos que disfruten este paseo por el Río de la Plata en el siglo XIX, y que vivan junto a los protagonistas una aventura inolvidable. ¡Nos vemos al final de la novela!

I

Fuego

Anselmo estaba soñando que podía nadar mucho tiempo debajo del agua. No tenía miedo en el sueño porque sentía que alguien lo acompañaba. El río era cristalino y se podía ver el fondo, el lecho de barro, las plantas marinas. Todo era perfecto. Tan quieto, tan calmo, que el mismo silencio lo despertó.

En la cama de al lado dormía su hermano Gerardo. Por la ventana se veía el patio iluminado por un sol muy débil.

–Pancha, la ropa... –murmuró Anselmo.

Se sentó en la cama refregándose los ojos. Esperó que Pancha, la esclava más vieja de la casa, se presentara en el cuarto. La llamó más fuerte, pero no apareció nadie.

Era temprano todavía, pero igual Anselmo corrió sus mantas y se levantó. Tenía puestos sus calzones de franela y su camisa de dormir. Hacía frío. Era 31 de julio, pleno invierno. Anselmo caminó atravesando el oscuro pasillo que lo conducía a

la cocina. Algo raro sucedía. No se escuchaba el ruido del agua hirviendo en la calderita de latón.

–¿Pancha? –llamó.

La cocina estaba helada y desierta. Nadie había encendido el fuego. Los negros no habían hecho el desayuno.

–¿Pancha? ¿Papá?

El padre de Anselmo, don Miguel Olima, era un funcionario de la Real Audiencia, una especie de ministerio de justicia del gobierno español.

Los españoles mandaban sin discusión en todo el virreinato del Río de la Plata, hasta ese año de 1806. Pero hacía más de un mes que Buenos Aires estaba ocupada por tropas inglesas.

Don Miguel Olima no trabajaba desde que estos ingleses habían tomado la Casa de Gobierno, llamada por todos *el Fuerte*. Estaba todo el día encerrado en la sala, amargado. Así que tendría que estar, también hoy, tomando café en la mesa grande. Pero en la sala no había ni una mala sombra. Sólo un frío que congelaba los huesos.

Anselmo volvió a su dormitorio arrastrando los pies. Apartó el dosel de la cama de Gerardo y le dio una palmada fuerte en el hombro.

–¡Gerardo!

Gerardo le dio la espalda sin destaparse. Anselmo vio sus rulos asomando bajo la colcha. Seguía dormido. Le dio un golpe en el mismo lugar,

esta vez con el puño cerrado. Retrocedió rápidamente. Gerardo tenía quince años, tres más que él. Cada vez que se peleaban, Anselmo llevaba las de perder.

Gerardo se quejó en sueños, pero no se movió. Preocupado, Anselmo se acercó al lecho. Hizo bocina con las manos y le gritó a su hermano en el oído:

–¡Gerardo, padre no está! ¡La Pancha tampoco!

Gerardo gruñó débilmente:

–¡Salí!

Anselmo trató de sacarle las cobijas. Curiosamente, Gerardo no se resistió. Solamente dobló sus largas piernas, acercando las rodillas al pecho flaco. Se hizo un ovillo e intentó seguir durmiendo.

–Vos estás enfermo –dijo Anselmo.

Le puso una mano en la frente y la retiró espantado. La piel de Gerardo ardía.

–¡Tenés fiebre! –gritó.

Gerardo trató de despabilarse.

–No me embromes, enano.

–¡Es verdad! ¡Estás con *mucha* fiebre!

Gerardo se sentó en la cama. Temblaba sin poder controlarse.

–Entonces llamá a la Pancha, que me traiga una tisana.

–¡Ya te dije que la Pancha no está! ¡Estamos solos en casa!

Gerardo se recostó muy despacio, como si le doliera la cabeza.

–Tengo frío. Quiero chocolate con leche...

Anselmo se quedó mudo. Gerardo cerró los ojos y se durmió así como estaba, sin taparse. Anselmo lo cubrió con las cobijas y se sentó en su cama.

¿Y ahora? ¿Qué hacer? "Seguro que el aturdido de Gerardo tiene gripe" pensó. "Eso le pasa por bañarse en invierno".

Anselmo buscó su ropa y empezó a vestirse con mucho desgano. Luchó con los puños de la camisa por lo menos durante cinco minutos. Estaba acostumbrado a que lo vistieran los esclavos. Torpemente, se puso el chaleco, el calzón de paño y los zapatos con hebilla de plata. Sus pelos parecían un nido de teros, pero dejaría la preocupación del peinado para otro momento.

Volvió a la cocina desierta y tomó la jarra de peltre en donde la Pancha compraba el desayuno. ¡Qué cosa! Todas las mañanas tenía la leche en la mesa, lista para tomar, al alcance de su mano, así que no sabía cuántas medidas tenía que comprar ni cuánto valía.

Se puso el primer abrigo que encontró y salió a la calle.

Nadie. En la calle no había ni un alma. Anselmo empezó a asustarse en serio. "¿Qué está

pasando?" se preguntó. Caminando lentamente, llegó a la plaza mayor.

El Fuerte tenía una bandera inglesa flameando en el mástil. Una guardia reforzada de soldados ingleses se paseaba por la plaza. Estaban armados hasta los dientes.

Anselmo los observó con un dejo de admiración. Los ingleses tenían unos fusiles muy modernos. Estaban ocupados en formarse en hilera: de uno en fondo, comenzaron a subir ordenadamente a la azotea de la recova que atravesaba la plaza. Una vez ahí, asomaron sus rojos hombros apuntando con los fusiles, como esperando una orden de fuego. Anselmo tragó saliva. Les dio la espalda y tomó por la calle del Santo Cristo. Iba llegando a la esquina cuando oyó voces. Apenas tuvo tiempo de esconderse tras la reja saliente de una ventana.

En la esquina apareció una chica de unos doce años con una vaca. La seguían tres soldados ingleses. El más joven le tiró de las trenzas.

Anselmo temblaba tanto, que apenas podía sostener la jarra de la leche. Sin embargo, se atrevió a asomarse una pulgada para ver mejor.

La vaca tenía los cuernos recortados, y trataba de soltarse de la cuerda que la tenía prisionera. En el nacimiento de la pata delantera lucía una extraña verruga plana. Por todo el resto del cuerpo tenía manchas de color marrón, menos en el anca. Ahí tenía grabadas a fuego una "S" y una "A".

Los ingleses se reían. Uno le quitó la cuerda a la nena, hablándole en su áspero idioma:

–*¡Good* asado, *with this cow!*

La nena gritó.

–¡Devolveme a la Manchadita! ¡Es para trabajar!

Anselmo la miró mejor. La vaca tenía unas medidas de metal pendiéndole del cuello. ¡Era la vaca de la leche, y esa nena era la lechera!

La chica, sin dudar, le dio una patada al inglés que le había tirado de la trenza. El rubicundo soldado se masajeó el tobillo. Uno de sus compañeros llevó la mano al fusil.

Anselmo apretó los ojos tras la reja. Tenía tanto miedo, que se le resbaló la jarra de peltre. El sonido que hizo al caer en el empedrado desierto resonó por toda la cuadra. Los ingleses se miraron entre sí, alarmados.

–*Come on, the soldier on guard...*

En un segundo soltaron a la vaca y a la nena y salieron trotando rumbo a la plaza. La vaca empezó a escaparse. La chica la alcanzó y la tomó de la correa, tironeándola nerviosamente calle abajo.

Anselmo recuperó la jarra y le salió al paso. Ella dio un respingo. De cerca, él notó que respiraba muy agitada. También ella había pasado un momento de gran miedo, sin duda. Pero ahora lo miraba como si le quisiera pegar.

–Di... disculpá. Quiero... –carraspeó Anselmo. Pero enseguida recobró su aplomo. Después de todo, él era hijo de un miembro de la Real Audiencia, y la nena sólo era una vendedora ambulante:
–Dame leche. Tres medidas –improvisó.

Ella, en cambio, le dio un empujón que lo hizo trastrabillar. Y siguió su apresurada marcha. Las medidas de la vaca chocaban entre sí produciendo un sonido de campanas. El animal estaba alterado. Movía la cola como si el aire estuviera lleno de avispas. Anselmo, atontado, se puso a corretear junto a ella.

–¿No me escuchaste? ¡Quiero leche!

–¡Volvete a tu casa, tilingo! ¡Corré por tu vida!

Anselmo se detuvo, confuso. ¿Por qué tendría que correr por su vida? Esa chica tendría que explicarle qué estaba pasando. A lo mejor, hasta sabía a dónde se habían ido todos.

Así que se apuró, porque la muchacha estaba llegando a la esquina de la barranca, y la tomó del brazo. Simultáneamente, se oyó una seguidilla de algo que parecían petardos. Pero no eran petardos. Eran tiros. Tiros de fusil. Anselmo gritó agudamente. La vaca mugió aterrorizada y se soltó de la cuerda, galopando pesadamente hacia el río.

–¡Manchadita! –gritó la joven lechera.

La nena se levantó la falda, dispuesta a lanzarse a la carrera.

–¡Qué hacés! ¡Te van a matar! –le dijo Anselmo.

Ella lo miró con rabia, volvió a empujarlo y huyó hacia la plaza. Anselmo la siguió. Los tiros se oían más cercanos, así que empezaron a correr más rápido. Pero en la plaza, el panorama era peor: los ingleses de la Recova recargaban los fusiles humeantes. Los chicos atinaron a tomar por la calle de la Piedad antes de que atronaran nuevos disparos. Anselmo se metió en un zaguán.

–¡Qué pasa! ¡Qué cuernos pasa! –resolló, llevándose su medalla de la virgen milagrosa a la boca. La chica lo miró con furia.

–¡Se están preparando para atacar, eso pasa, idiota!

Una bala perdida impactó contra un friso de la casa frente a la que estaban, produciendo una lluvia de cal que los dejó blancos. Anselmo tiró la jarra y salió huyendo. La chica lo siguió. Pasaron a toda carrera frente a la elegante casa de Anselmo. Él se refugió sin ver más nada. Pero la nena se quedó en la calle, así que él volvió a salir y le indicó que entrara con un gesto.

II

La peste

En el interior de la casa todo seguía oscuro y silencioso. Al parecer, Gerardo no se había levantado de la cama.

Anselmo se sacudió la cal de la ropa frente a la cocina apagada. Después se detuvo a mirar mejor a la lechera. Era muy delgadita, de grandes ojos negros, nariz respingona y tez cobriza. Sus pollerines estaban remendados y su camisa blanca tenía nudos en los puños arremangados. Estaba descalza. Al parecer, ella no tenía frío, y lo estaba analizando con una mirada desdeñosa.

–¿Qué pasa? –dijo Anselmo–. ¿Por qué me mirás así?

La nena levantó un dedo y le señaló los hombros.

–Ese rebozo es de la Pancha.

Anselmo se miró. ¡Era verdad! En la confusión de la salida, se había puesto el abrigo de su esclava para salir a la calle. Rojo hasta las orejas, se lo sacó de un manotazo y lo dejó en una silla.

Ella lo inspeccionó con el mentón levantado.

–La Pancha es la que siempre me compra la leche para esta casa.

–Ya sé. Pero ella no está. Ni mi padre tampoco. Ni los otros esclavos.

–Hay gente que se está uniendo a unas huestes secretas –dijo la chica, misteriosamente–. Seguro que están todos ahí. Por eso los ingleses también se están preparando, para defender el Fuerte.

"¡Unas huestes secretas!", pensó Anselmo. "¿Tendrán armas?" Y se imaginó un ejército con bayonetas y estandartes relumbrantes.

La nena echó una mirada curiosa por todo el recinto.

–Qué casa tan grande. ¿Vivís solo acá?

–Con mi padre. Y con Gerardo.

En ese momento, un quejido ahogado sonó lúgubremente. Anselmo corrió a su habitación. Gerardo se quejaba dormido. Tenía los labios amoratados, como si un fuego lento lo estuviera quemando desde las entrañas.

–¡Gerardo! ¡Gerardo, no te hagas el gracioso!

La joven vendedora apareció en la puerta de la habitación.

–Éste es mi hermano Gerardo –dijo Anselmo.

La nena se acercó con pasitos lentos. Se quedó al pie de la cama, mirando al joven enfermo con sus grandes ojos negros.

–Está mal en serio... –murmuró.

–A lo mejor tiene influenza –dijo Anselmo.

Probó aflojarle un poco la camisa sudada, pero Gerardo empezó a tirarle débiles puñetazos sin despertarse.

–Cuando nos enfermamos, la Pancha nos hace una tisana con algo... –dijo Anselmo–. Nunca se me ocurrió preguntarle de qué estaba hecha.

–Yo que vos le daría un poco de agua primero. Es lo que se hace en estos casos... –dijo sabiamente la chica.

Era verdad. Sintiéndose muy inútil, Anselmo abandonó el cuarto y se encaminó al patio. Los estampidos seguían oyéndose lejos, en la plaza. Al parecer, los ingleses estaban dedicándose a ejercicios de tiro.

En el medio del patio había un aljibe de adobe adornado con piedra, muy caro. En todos los años de vida que llevaba, Anselmo jamás se había molestado en sacar agua, así que no sabía cómo hacer. Se encaminó hacia el pozo y miró para adentro. El agua mansa del fondo le devolvió un reflejo opaco, casi una sombra. Sin saber por qué, Anselmo recordó su sueño de la mañana, aquél en que nadaba sin miedo rozando el lecho del río.

Soltó el balde, y el estallido de agua que armó al caer terminó rompiendo su meditación. Se aseguró de que estuviera lleno. Después, empezó a tirar de la soga de la roldana. ¡Cuánto que pesaba!

Sintió claramente cómo se le despellejaban las palmas de las manos al contacto con la áspera cuerda. Sin embargo, logró posar el balde lleno en el borde del aljibe.

Lo llevó al suelo, derramándose encima parte del líquido, y luego, paso a paso, lo fue transportando al interior de la casa. Llegó a la cocina empapado, dejando charquitos por todos lados.

En el hogar trabajaba la vendedora de leche. Había encendido la leña y estaba calentando una olla con sebo. El calor de la estancia reconfortó a Anselmo, que terminó dejando el balde arriba de la mesa. Ella le miró críticamente el chaleco mojado, pero no dijo nada. Tomó el balde y pasó el agua con mucha destreza a una olla tiznada, que después puso a calentar.

–¿No se te ocurrió prepararle un cocido, por lo menos? Acá tenés raíz de gramilla para hervir.

Anselmo no tenía ganas de confesarle que tampoco sabía encender el fuego. Así que fue a llevarle un jarro con agua a su hermano. Volvió a los pocos minutos y se sentó a la mesa con el jarro intacto.

–No la quiere tomar. Es un caprichoso.

Se puso a retorcer la pechera de su chaleco para escurrirla, mientras miraba de reojo a la chica.

–Yo me llamo Anselmo Olima –dijo por fin–. ¿Y vos?

–Yo soy Juana.

No era un nombre muy especial. En esa época había muchas *Juanas* por todos lados, así que el nombre de la lechera no lo impresionó. Lo que sí impresionaba era la habilidad que ella tenía para hacer las cosas: en un minuto preparó una infusión de hierbas, limpió la mesa y coló el sebo derretido, todo sin dejar de hablar:

–Podemos intentar que se tome esto. Mi abuela siempre me lo da cuando estoy enferma...

Suspiró.

–Me va a matar, mi abuela, cuando sepa que perdí a la Manchadita...

–¿Así se llama tu vaca?

–Ajá. Es la mejor lechera que tenemos. La tengo que recuperar.

Afuera, continuaban algunos disparos aislados. Juana probó la tisana con el borde de los labios sobre la taza.

–Mmhh. Está bien. Ya se la podés dar a tu hermano.

Gerardo no quería abrir la boca. Anselmo no pudo hacerle tragar la tisana. Ahora el muchacho estaba lívido. Una capa de sudor le cubría la frente, pero seguía afiebrado. Juana hizo un gesto de lástima. Enjugó la cara del enfermo con la punta de la sábana, le tocó las mejillas y le tomó el pulso.

Mientras tanto, Anselmo se retorcía las manos:

–Ojalá estuviera mi padre. Él sabría qué hacer. Tiene un médico amigo en el Protomedicato, don Cosme Argerich.

Juana le clavó una mirada muy seria.

–Yo que vos iría al hospital.

–¿Te parece para tanto? Ya sé que una gripe mal curada puede ser seria, pero...

–Creo que lo que tiene tu hermano no es gripe. Es viruela.

Anselmo sintió un ramalazo de miedo.

–No. No puede ser –respondió, tratando de serenarse–. Dijeron que el brote estaba controlado.

–Eso fue el año pasado –replicó Juana. –¿Vos te vacunaste?

Anselmo carraspeó, muy incómodo.

–Ehhh, no, no estaba en la ciudad. No pude. Y Gerardo tampoco.

–Bueno, yo creo que tu hermano está incubando la viruela. Y eso es muy peligroso.

Juana estaba en lo cierto. La epidemia de 1802 había matado un veinte por ciento de la población, chicos y mujeres en su mayoría. Muy pocos lograban salvarse si contraían la enfermedad. Sólo los más fuertes. Pero Anselmo y Gerardo habían nacido entre algodones. Don Miguel Olima los cuidaba tanto, que esos mismos cuidados parecían volverlos más indefensos...

–No es viruela –insistió Anselmo–. No tiene ninguna pústula. Más bien es gripe.

–La viruela tarda algunos días en venir con fuerza.

–¡Te digo que no puede ser viruela!

–Vas a tener que conseguir a un médico para que te saque de dudas.

–Sí. Pero la ciudad está tomada por los ingleses –murmuró Anselmo.

–El hospital de Belén estaba abierto esta mañana, cuando pasé con la Manchadita. Le vendí leche al cura que estaba en la puerta –dijo Juana.

Anselmo frunció la nariz.

–Mejor ir al Protomedicato.

–¡Pero ahí no curan a nadie!

Era verdad. El Protomedicato era una escuela de medicina, que además se encargaba del control bromatológico del puerto y la ciudad. Pero también era cierto que allí tenían muestras de vacunas de viruela. El virrey Sobremonte las había encargado de Montevideo.

–No importa. Voy a buscar al doctor Argerich. Seguro que él va a querer atender a Gerardo...

El Protomedicato estaba más lejos todavía que el hospital. Llegar hasta ahí iba a ser más arriesgado...

Anselmo salió de la habitación. Sin más palabras, fue hasta el dormitorio de su padre. En el cuarto había un arcón de roble, una cama grande,

una cómoda antigua. De la pared colgaba el retrato de una dama gordita, de cabellos castaños y sonrisa dulce: la mamá de Anselmo. Un cordón negro, medio polvoriento, cruzaba delicadamente uno de los bordes del cuadro.

Juana entró sin ruido. Se quedó mirando la cabecera de la cama, muy ornamentada, hecha de madera pintada de dorado.

Anselmo sacó unos papeles de abajo del colchón.

–Acá están... Estos documentos prueban que soy un Olima. Cualquiera que los lea me va a dar una entrevista con don Argerich.

Un nuevo tiroteo resonó por las calles. Anselmo se puso blanco.

–¿Querés que te acompañe? –preguntó Juana.

Anselmo tuvo vergüenza.

–Claro que no. Vos quedate en la cocina. Si se despierta Gerardo, dale la tisana...

Juana levantó los hombros y salió del dormitorio. Anselmo pensó un poco más y sacó un reloj con cadena de oro y algunos billetes de debajo del colchón. Se guardó todo en el chaleco y abandonó el cuarto. Esta vez, se puso su abrigo de pana y salió a la calle cerrando cuidadosamente la puerta.

El aire, afuera, tenía olor a pólvora.

III

En el Protomedicato

El Protomedicato era un edificio con un alto, pintado de blanco. En el frente solía tener una insignia española. Pero ahora, a media cuadra de distancia, Anselmo pudo ver que habían arrancado la insignia de la fachada, cambiándola por una bandera inglesa.

En la puerta había un soldado con una pollera recia que le llegaba a la rodilla. Era uno del regimiento de los *Highlanders*, escocés. Se paseaba canturreando. Parecía muy contento. Anselmo lo miró de refilón y vio que no tenía ningún arma a la vista. Así que se animó a parársele en frente y a desplegar aparatosamente los papeles de su padre como si fueran un escudo.

–Este... buen día. Soy Anselmo de los Olima de Asturias. Vengo buscando al doctor Argerich.

El soldado ni se fijó en los papeles. Más bien se concentró en mirarlo de pies a cabeza, con una divertida mueca de curiosidad. Ahora Anselmo pudo verle el fusil, disimulado detrás de una gaita

con tubos que le salían por los costados. Tuvo miedo, pero el soldado sonrió ampliamente, y le hizo una reverencia un poco torpe, dejándole paso.

Anselmo entró, muy aliviado. Seguro que el doctor Argerich iba a saber qué hacer con Gerardo. Si realmente tenía viruela, como suponía esa exagerada de lechera ambulante, el doctor iba a darle una vacuna para que se curase. Ahora sólo tenía que subir las escaleras hasta la sala alta de la botica.

Pero cuando llegó al primer piso, lo que encontró casi lo hizo llorar.

En la espaciosa botica no había nadie. Todos los estantes de la sala estaban volcados, y los remedios estaban tirados por doquier. Las hierbas medicinales estaban mezcladas en el piso, los frascos rotos y pisoteados, astillas de loza por todas partes...

Anselmo caminó entre las ruinas. Se acercó a uno de los estantes, el más maltratado. Le habían sacado algunas maderas desclavándolas a golpes. Las cosas que contenía estaban desparramadas. Desalentado, observó un cartel escrito a mano que estaba clavado en lo que había sido la parte superior. Decía: *"opiatas y vacunas"*. Unas placas de vidrio crujieron bajo sus pies. Ése era el destino de las muestras de vacunas que tenía el Protomedicato.

Anselmo sintió un ruido fugaz a sus espaldas. Lleno de terror, se agachó tras un estante caído. Alguien había entrado a la sala de la botica.

¿Y si era el escocés, esta vez con el fusil listo para atacarlo? ¿Y si el haberlo dejado pasar había sido una trampa?

Anselmo se estiró y tomó un palo de madera tallado: era la mano de un mortero medicinal. Lo aferró temblando.

Los pasos se acercaban sin esconderse. Anselmo se incorporó de golpe, con el palo listo para atacar. Dio su mejor alarido de guerra:

–¡¡¡¡Aaaahhhhh!!!!

Frente a él no había nadie. Desde atrás, un sonoro golpe de puño se estrelló junto a su pómulo derecho. Anselmo soltó el palo del mortero y cayó entre las medicinas esparcidas. Se tomó la cara en medio de una nube de dolor. Giró en el suelo, pataleando, y divisó a Juana, todavía con los puños alzados. Al reconocerlo, la chica se llevó las manos a la boca, compungida:

–¡Uy, disculpame!

–¿Cómo "disculpame"? ¡Nena, me atacaste a traición!

–¡Yo pensé que eras un inglés!

Juana le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Anselmo la ignoró desdeñosamente. Al segundo intento, logró levantarse solo:

–¡Te dije que te quedaras en mi casa!

–Sí, ya sé. Pero yo salí para buscar a mi Manchadita y pasé a ver si necesitabas ayuda... La calle está difícil.

Anselmo se acomodó la mandíbula y suspiró.

–Sí... Mirá cómo dejaron este lugar...

Juana se paseó entre los estantes, pensativa.

–Los invasores rompieron esto a propósito. Para que nuestras huestes secretas no se puedan curar, en caso de que pase una batalla.

–A mí, el soldado de la puerta me dejó entrar sin problemas...

Juana giró hacia la escalera, llena de aprensión:

–Cuando entré yo no había nadie...

Los chicos se miraron con inquietud. Anselmo se estremeció.

–Tenemos que salir de acá. Ya.

Llenos de una especie de vértigo, los dos empezaron a correr rumbo a la puerta. Bajaron las escaleras empujándose, y cuando estaban llegando a la salida, el soldado *Highlander* se les cruzó en el camino. Su ruda silueta se recortó contra la luz de la puerta. Tenía el arma preparada en la mano derecha. Con el dedo en el gatillo.

–*You, good fellows from the silverlands...*

El hombre soltó un hipido. Se tambaleaba. Con la mano izquierda se llevó a los labios un frasco de metal. Tenía las narices coloradas. Anselmo reconoció el recipiente en donde el doctor Argerich ponía las pócimas a base de alcohol.

–Ah, Buenos Aires. *Nice place, land of treasures.*

Lleno de espanto, Anselmo se tomó de la mano de Juana. Ella no lo soltó. Más bien, lo guió hasta la puerta, y pasó valientemente frente al hombre armado. Apenas estuvieron en la vereda, escaparon a todo correr calle abajo.

Corrieron varias cuadras sin parar. Había mucho soldado inglés suelto. Unos se habían metido en la fonda de los catalanes y estaban saqueando metódicamente el depósito de alimentos secos. Don Javier, el dueño, lloraba en la puerta.

–Están desesperados... –murmuró Anselmo–. Mejor volvamos a mi casa.

–Andá vos. Yo tengo que encontrar a mi Manchadita. No puedo volver sin ella. ¡Mi abuela me va a dar tantos azotes!

Siguieron caminando melancólicamente unas cuadras más. Cuando pasaron frente al Colegio, vieron que una tropa se estaba acuartelando. Todos tenían la casaca roja y cantaban a los gritos una especie de consigna mientras hacían ejercicios con armas.

–¿Ves lo que te dije? –susurró Juana–. Estos sospechan lo de las huestes secretas. Se están entrenando para resistir.

Anselmo y Juana se detuvieron a mirar. Toda la línea de soldados británicos giraba el fusil a un mismo tiempo. Eran una tropa muy organizada.

Habían entrado a la ciudad y la habían tomado sin escándalo, marchando ordenadamente por las calles de Buenos Aires.

Anselmo recordaba ese 27 de junio, hacía ya más de un mes. Llovía un poco. Los ingleses habían entrado por la calle de la Merced prácticamente desfilando, a pesar del barrial.

El virrey español, Sobremonte, había huido un par de horas antes con el tesoro de la hacienda. Después, el general de ellos, un tal Beresford, lo persiguió hasta alcanzarlo y se quedó con el tesoro. Pero al virrey lo dejó libre. Y nada más. Todo siguió igual. El Cabildo. La Real Audiencia. El poder. Pero en vez de una banderita española, había un escudo de Su Majestad Británica en todos lados.

Anselmo tragó saliva. A su lado, Juana se había puesto las manos en la cadera, mirando a los invasores con verdadera bronca.

–¡Si fuera por mí no habrían pisado el Fuerte sin pagarlo caro!

Juana resopló y siguió caminando. Anselmo la siguió.

–No sé qué hacer con Gerardo –dijo.

–Podíamos probar en el hospital, después de todo –le contestó Juana.

IV

En el hospital betlehemita

El hospital de Belén era el más grande de la ciudad. Se atendían en él hombres solamente. La gente era muy pudorosa, y las mujeres tenían su propio establecimiento, atendido por unas monjas.

Los pacientes del hospital de Belén generalmente no eran pudientes. Los amos llevaban allí a sus esclavos. La gente común, con oficios, como los zapateros o los panaderos o los curtidores, se atendían solamente cuando se sentían muy enfermos.

Sólo había una sala especial para la *gente decente*. Cuando un rico se enfermaba de gravedad, lo recluían en esa sala y trataban de curarlo a toda costa, porque estos eran los únicos que podían pagar la consulta.

Los médicos que atendían ahí, por otra parte, eran los mismos que atendían en forma particular. Pero estaba mal visto pisar el hospital del *bajo pueblo,* a menos que un brote de peste asolara a la ciudad o sucediera alguna emergencia parecida. Por eso Anselmo se resistió un poco a ir,

al principio. Por eso y por algo más, que mantenía reservado.

–Vamos, apuremos –dijo Juana. Yo tengo que buscar a mi Manchadita.

Al parecer, el hospital de Belén cumplía sus actividades normales. Estaba lleno, había mucha gente esperando ser atendida en los pasillos. De acá para allá se paseaban los monjes betlehemitas con sus largas barbas. Uno de ellos se detuvo frente a Anselmo, atraído por sus ropas de buena calidad.

–Su merced, ¿qué necesita?

Anselmo miró hacia atrás, buscando la merced que había mencionado el betlehemita. Pero en pasillo sólo había unos esclavos tosiendo, sentados en el suelo. Juana le clavó el codo en las costillas:

–¡Te habla a vos, aturdido!

Anselmo se aclaró la garganta:

–Eh, claro, padre. Estoy buscando al doctor Argerich. Él es amigo de mi papá.

El monje levantó una ceja. De repente, Anselmo sintió que las cosas no estaban bien, que el sacerdote lo estaba mirando con recelo.

–¿Para qué lo necesita?

–Bueno, mi padre no está en casa. Pero mi hermano tendría que hacerle una consulta... ¿Dónde está el doctor ahora?

El monje retrocedió alarmado.

–¡Yo no sé dónde está Argerich! ¡Yo no sé nada!

Y diciendo esto, se filtró por una de las puertas abiertas que flanqueaban el pasillo. Los chicos se miraron muy sorprendidos.

Los esclavos que esperaban los contemplaban sin hablar. Juana pensó un poco y se les acercó muy resuelta.

–Buscamos remedios. Vacunas –les dijo, simplemente.

El que tenía tos pestañeó cerrando sus párpados legañosos, asintiendo. Después, señaló con el dedo el final del sucio corredor de techo abovedado. Juana le agradeció con una breve sonrisa. Tomó del brazo a Anselmo y empezó a caminar llevándolo por donde le habían indicado. Anselmo se soltó muy enojado.

–¡Yo sé caminar solo!

Juana se encogió de hombros y lo soltó. Al final del pasillo había una sala sin puertas. Un cartel escrito con tinta negra decía: *Desahuciados*. Anselmo miró para adentro y retrocedió unos pasos.

–¿Qué dice? –preguntó Juana señalando el cartel.

Desde la sala se escuchó la voz de un hombre joven:

–¡No! ¡Otra vez el chico de los Olima!

Juana vio que la cara de Anselmo se ponía primero roja y luego, más pálida que una calavera. Hizo un amague de salir huyendo, pero ella lo metió adentro de un empujón.

La estancia estaba llena. Había unas quince camas ocupadas. También catres y dos o tres enfermos tendidos en el suelo. Los que podían hablar se quejaban elevando las manos hacia un joven alto, con patillas. El muchacho estaba vestido sencillamente, con calzones ordinarios y chaleco de lana. Remataba su atuendo con unas botas fuertes, de potro, que dejaban desnudos los dedos de sus pies.

Masticaba constantemente algo que tenía en la boca. No parecía para nada un médico, pero los pacientes lo llamaban a los gritos:

–¡Me muero!

–¡Más opio!

El joven se había quedado mirando a Anselmo. En las manos tenía un pequeño mortero donde se veía un poco de láudano machacado.

–¡Es tarde! ¡Ya no quedan muestras! –lo atajó.

Juana se cruzó de brazos.

–¿Ustedes se conocen?

–Él no es doctor –dijo Anselmo rencorosamente.

–Este chico Olima vino con su hermano el año pasado. Armaron tanto escándalo a la hora de vacunarse, que por más que los tuvimos entre cuatro para que se dejaran asistir, ¡no pudimos! El doctor Argerich terminó por dejarlos sin protección contra la viruela.

Anselmo clavó la vista en el piso, muy avergonzado. El joven de patillas terminó de machacar

el láudano, lo filtró con un trozo de gasa y lo puso en una solución de vino blanco con azafrán. Lo batió con una larga cuchara de madera y se lo tendió a un anciano que yacía en una cama. El viejo lo bebió sin dudar.

Después el joven sacó una jeringa de marfil de un estuche y se llevó a la boca unas semillas. Eso era lo que estaba mascando.

–Y tiene razón. Yo no soy doctor... todavía. Soy Juan Madera, aprendiz de médico.

–Si no sos doctor, ¿qué hacés atendiendo a la gente? –interrogó Juana.

–En este momento no hay otro que sane en esta ciudad –dijo Juan Madera llenando la jeringa con un líquido ocre.

–¿Y dónde están todos? –preguntó Anselmo.

Juan Madera los sopesó con la mirada.

–Vos sos el hijo de Olima. Vos tendrías que saber.

–No, no sé. ¡Pero mi hermano necesita atención!

Juan Madera suspiró. Dejó macerar el contenido de la jeringa y condujo a un hombre que tenía un pañuelo alrededor de la cabeza junto a un escritorio lleno de frascos, bragueros, sierritas de amputar y ventosas.

Sacó un pliego de papel y con una pluma muy sucia se puso a escribir en latín.

–Yo lo recuerdo bastante mañoso, a tu hermano. ¿No se estará haciendo el enfermo? –preguntó sin apartar la vista del papel.

Juana se adelantó muy segura.

–Parece viruela. Tiene calenturas y la piel pálida alrededor de la boca.

Juan Madera silbó, impresionado.

–¡Tenemos una especialista!

Juana no respondió. Juan Madera siguió garabateando latines en el papel:

–No es fácil diagnosticar a simple vista –repuso al fin–. No hubo casos de viruela este año.

–¡Con esto de los ingleses nadie se anima a salir! –protestó Juana–. ¿Y si hay casos nuevos?

Juan Madera dejó de escribir y se fregó los ojos. Se notaba que no se había afeitado en días. Tenía ojeras y parecía muy cansado.

–En la botica del hospital no hay nada –dijo, desalentado–. Los ingleses confiscaron todas las medicinas. Las vacunas estaban en vidrios, pero no me dejaron quedar con ninguna muestra.

Miró a Anselmo con un dejo de reproche.

–Se hubieran dejado vacunar el año pasado. Todavía me duele la patada que me diste cuando esquivaste al sangrador.

A Anselmo se le escapó un suspiro que más parecía un sollozo.

–¡Ese tipo tenía un cuchillo para carnear reses!

Juana intentó salvar la situación.

–Ayudalo. Su hermano está realmente enfermo.

Juan Madera les señaló la sala llena.

–Yo no puedo dejarlos. Tengo que esperar el relevo. De todas formas, la viruela tiene unos diez días de incubación. En el peor de los casos, tenemos ese tiempo para conseguir una vacuna.

Terminó de escribir –era una receta– dobló el papel y cortó un extremo en blanco. Mojó la pluma en la tinta y escribió un nombre en ese pedazo de papel. Entregó la receta al hombre del pañuelo y el pedazo de papel se lo dio a Anselmo.

–Argerich y tu padre deben estar juntos.

Le guiñó un ojo, siempre masticando sus semillas.

–Son buenos amigos. Y el doctor Argerich, que es mi maestro, tiene muestras de la vacuna en su caja.

Hizo un gesto con la cabeza y un hombre calvo se acercó rengueando al escritorio.

–Apenas venga alguien a reemplazarme, yo también voy a estar ahí –dijo Juan Madera.

Anselmo salió de la sala bastante alicaído. Toda esa gente enferma con un sólo médico para atenderlos... para colmo, un médico sin título... Suspiró y se puso a leer el pedazo de papel.

–¿Qué dice? –preguntó Juana.

–Dice *Perdriel*.

Estaban de vuelta en el pasillo.

–¿Y eso qué es?

–Qué sé yo. ¿Un remedio?

–Ustedes... buscan... vacuna... –dijo una voz cavernosa.

Los chicos dieron un respingo. Uno de los esclavos que esperaba en el piso se había levantado y les estaba hablando. Tenía el brazo derecho amputado por encima del codo. Y vestía unos harapos. Parecía medio bozalón, porque le costaba el idioma:

–¿Quieren... vacuna?

–¡Sí, sí! –dijo Anselmo, ansioso.

–Busquen... a Larrosa... Él tiene... Él tiene...

Los chicos dejaron el hospital de los betlehemitas llenos de preguntas.

V

La Pancha

El silencio había vuelto a las calles. Los ingleses se habían acuartelado en el Colegio, en la iglesia de Santo Domingo y en el parque de armas del Fuerte.

Anselmo iba caminando muy despacio, con la mirada perdida. No quería encontrarse a solas con los grandes ojos negros de Juana. Ella no le había dicho nada acerca de su cobarde comportamiento en el hospital de los betlehemitas, un año atrás. Pero sabía que si la miraba a la cara, los ojos de la lechera no iban a ocultar su desdén y su burla. Por eso se sorprendió muchísimo cuando ella le apretó fugazmente el brazo y le dijo, con una voz rara:

–Te acompaño un rato más. Por ahí, le podemos hacer unas compresas en el pecho a tu hermano.

Anselmo se atrevió a mirarla. Ella repitió la breve sonrisa que le había hecho al bozalón manco del hospital. Eso le hizo recordar a Anselmo la conversación que habían tenido con él en el pasillo.

–¡Qué raro aquél negro! ¿A vos te suena el nombre Larrosa?

Juana negó con la cabeza.

–No. Y eso que yo conozco a toda la ciudad, por mi trabajo...

Apenas llegaron a la calle de Anselmo, este notó algo extraño.

–Yo cerré la puerta de casa. Pero ahora está abierta...

Sin previo aviso, el muchacho salió corriendo.

–¡Papá! ¡Papá!

Juana trató de frenarlo:

–¡Esperá! ¡Pueden ser ingleses!

Pero el grito llegó muy tarde. Anselmo había entrado a su casa a todo correr. Había alguien, porque en la cocina, el braserito portátil crujía lleno de tizones al rojo, una panera repleta de tortas fritas invitaba a desayunar y el mate recién hecho esperaba sobre la mesa...

Una silla se corrió en alguna parte de la casa y enseguida la figura de una mujer negra y redonda se recortó en la entrada de la cocina.

–¡Pancha! –gritó Anselmo tirándosele prácticamente encima. La besó lleno de alegría.

La Pancha le devolvió el tratamiento. Era la esclava mayor de la casa de los Olima. Apenas soltó a su amo, le revisó ansiosamente el blanco de los ojos, las comisuras de la boca. Le tocó la frente, tal cual había hecho Juana con Gerardo, unas horas antes.

–¿Cómo se siente, niño?

–¡Yo bien, Pancha, ahora que volviste!

Juana entró tímidamente en la cocina. La Pancha reparó en ella y la señaló con el mentón.

–¿Y esta? –le dijo a Anselmo–. Y sin esperar respuesta, fue hasta donde estaba Juana, meneando sus gruesas caderas:

–¿No sabés, chinita, que tenés que golpear antes de entrar en casa ajena?

Juana bajó los ojos, llena de un grave respeto.

–Discúlpeme, doña Pancha. No va a volver a pasar.

Anselmo soltó una carcajada. Nunca había oído tratar de *doña* a la Pancha, ni siquiera por los esclavos más jóvenes.

–No la retes así, negra. Ella viene conmigo.

–Bueno, pero ahora es mejor que se vaya.

Anselmo no entendía tanta severidad de su nodriza. Pero, al parecer, Juana entendió perfectamente, porque se acercó a ella y le hizo una ligera reverencia antes de contestar:

–No se preocupe. *Yo ya la tuve.*

Los rasgos de la Pancha recobraron un poco su benignidad.

–Bueno. Entonces, cebate unos mates.

Juana entró y se hizo cargo de la calderita con gran naturalidad. Anselmo estaba perplejo por lo dócil que se mostraba.

La Pancha volvió a abrazarlo y se puso a acomodarle el pelo con sus manazas de palmas morenas.

–No queremos llenar de peste la ciudad. Si ella la tuviera encima, todo el pueblo se la pegaría, porque vende leche en casi todas las puertas.

Anselmo se entristeció.

–¿Entonces, Pancha? ¿Es viruela nomás lo que tiene Gerardo?

–Yo creo que sí, niño. La está incubando...

Anselmo la abrazó y fue lentamente hacia el dormitorio.

Gerardo estaba en semipenumbras, porque la Pancha había corrido las cortinas. Lo había tapado con la colcha tucumana, la más pesada de la casa, para que sudara la fiebre. Estaba más pálido que nunca. La negra entró y le acarició la mejilla.

–Le van a salir las pústulas y se va a querer rascar.

Juana también entró al cuarto:

–Póngale fécula entonces. Le va a aliviar mucho –dijo humildemente.

La chica tenía lágrimas en el borde de los ojos, pero no las vertió. La Pancha le dio un golpecito amistoso en la coronilla.

–Bueno, *m´hija.*

Tomó a Anselmo del hombro.

–Venga a la cocina, niño. Si respira su mismo aire se va a contagiar.

Volvieron a la cocina y Juana se puso a cebar mate. El primero lo tomó ella, por cortesía. El segundo, coronado de espuma, se lo pasó a la Pancha. La negra dudó un momento mirando a Anselmo, pero finalmente lo tomó. Anselmo la contempló sorprendido. Pancha nunca había tomado mate delante de él, porque siempre era ella la que lo servía.

La enorme negra sorbió pensativamente su mate mientras Juana le pasaba a Anselmo el plato con las tortas fritas.

–Eso, coma que están calientes, niño. Las hice bien rápido porque *usté* encendió el fuego y le coló el sebo a esta pobre negra –observó la Pancha, maternal.

Juana escondió una sonrisa, sin revelar que había sido ella la encargada de tales menesteres. Le daba gracia la forma en que la esclava trataba a su amo, como si este fuera un bebé de pecho. Anselmo tomó dócilmente una torta y se puso a mirar los rescoldos del fogón mientras masticaba en silencio.

–Hay poco que hacer –musitó la Pancha, agorera–. No creo que la peste pase de largo...

Súbitamente, Anselmo plantó la torta frita en la mesa.

–No, Pancha. Hay que conseguirle una vacuna a Gerardo.

La Pancha nunca había creído en la vacuna de la viruela. Le parecía pura cháchara de blancos.

–¡Callesé, quiere! Estas cosas no tienen remedio.

–Pero vos me dijiste que *apenas* está incubando la peste... ¿Dónde queda Perdriel? –dijo Anselmo imprevistamente.

La Pancha casi se atragantó con el mate.

–¿Qué? ¿Cómo sabe *usté*? ¿Habló con don Olima?

–Sí –mintió Anselmo. Juana lo miró sorprendida. La Pancha se hizo la señal de la cruz sobre su vasto pecho.

–¡Dios nos guarde! Sí, mi niño, su padre dijo que no soportaba más a los ingleses. Agarró a los esclavos y se fue con don Argerich, don Pueyrredón y los catalanes del puerto para armarse contra los herejes. Se van a reunir a seis leguas de acá, en la chacra de Perdriel... Yo lo acompañé temprano hasta el Retiro, con los petates, pobre niño Miguel...

Juana escuchaba en silencio. ¿Estas serían las huestes secretas de las que había hablado su abuela?

–¿Qué camino tomó? –dijo Anselmo. La Pancha lo estaba contemplando como si fuera la primera vez que lo veía.

–El nuevo, el de San Fernando de la Buena Vista.

Anselmo se levantó.

–Yo me voy a buscarlo. Si está con él el doctor Argerich, tengo la vacuna asegurada.

Juana lo miró un segundo y dejó la caldera sobre el brasero.

–Yo también voy para la costa –dijo resuelta–. Mi Manchadita debe andar salvaje por la orilla del río. La tengo que encontrar sí o sí.

La Pancha lloró y se lamentó agitando sus brazos gruesos en todas direcciones:

–¡*Caloé*! Me quiere matar del disgusto. ¡Don Olima me dijo que los cuidara!

–Voy a estar bien, y voy a traer la vacuna para aliviar a Gerardo...

Fue inútil que Pancha amenazara, llorara y rogara. Anselmo hizo un paquete con las tortas fritas, contó el dinero que había sacado de abajo del colchón, aseguró el reloj al chaleco, sus papeles a la faltriquera y se preparó para cubrir las seis leguas que separaban Buenos Aires de la chacra de Perdriel, en San Fernando.

VI

La chacra de Perdriel

No se libró Anselmo tan fácilmente de los cuidados de la Pancha.

Ella insistió en prepararle un atado con ropas de abrigo, unas tiras de charque salado, queso, dulces de algarrobo y hasta su colgante de *Caloé*, un dios africano que conservaba celosamente bajo las ropas. Se lo sacó llorando y se lo puso a Anselmo alrededor del cuello, junto a la medalla de la Virgen de los Milagros. La estatuilla que representaba a *Caloé* le parecía sinceramente horrible a Anselmo: el dios era cabezón, ventrudo, tallado en un trozo de madera indócil, oscura. Pero el chico lo aceptó para no desairar a su nodriza.

Después la negra llamó a un coche. El coche era una especie de caja cerrada con portezuelas a los costados y grandes ruedas con rayos de madera. Lo tiraba un solo caballo, bastante achacoso, pero de fuertes patas.

El cochero, un gallego muy parco, los ayudó a acomodar el lío de cosas en el asiento de cuero,

y sostuvo la estropeada puerta para que Juana entrara. Ella lo hizo con sencillez, recogiendo sus pollerines con una dignidad tan espontánea a pesar de sus pies desnudos, que el cochero gallego sonrió.

Los dos chicos se acomodaron en los asientos. El gallego cerró la portezuela, y el coche arrancó.

Anduvieron un largo tramo del camino sin hablar. Juana corrió la cortina de la ventanilla delimitada por un cuadrado de vidrio. Tuvo una visión del brazo del río con su costa barrosa, el amplio horizonte de agua, unos pocos árboles y el cielo gris. No había lavanderas ni chicos bañándose, a causa del frío. Unas pocas vacas sin dueño bebían, lejanas como si fueran de juguete. Las miró con mucha atención, pero ninguna era su Manchadita.

Anselmo suspiró y sacó su reloj del chaleco. Eran las tres de la tarde.

Desplegó los papeles que había tomado del cuarto de su padre y se puso a leerlos. Juana trató de espiar su contenido, pero como no sabía leer, no entendió nada.

–¿Para qué sirven esos papeles? –preguntó–. Tienen olor a humedad.

–Son los que prueban mi limpieza de sangre –dijo Anselmo.

–¿Acaso la sangre se te puede ensuciar? –replicó Juana, medio en broma.

–Limpieza de sangre quiere decir que todos mis antepasados son españoles. Que nunca se mezclaron con gentes de otro color, ni de otros lugares.

Juana sonrió desdeñosamente.

–Qué gente más aburrida, estos antepasados tuyos...

Anselmo guardó sus papeles meneando la cabeza. Juana, al parecer, no estaba impresionada con su árbol genealógico.

Rebuscó en el lío de cosas que le había dado la Pancha y sacó el paquete de tortas fritas que había empaquetado personalmente para la expedición. Las había atado mal, sin duda, porque adentro de la bolsa había un reguero de migas y azúcar negra, y algunas tortas se le cayeron en el fondo del coche cuando sacó el envoltorio. Pero igual convidó a su compañera de viaje. Juana se sirvió una y empezó a comer dándole grandes mordiscos, sin importarle el traqueteo del vehículo.

–Tenés hambre... –dijo Anselmo.

–Mmmsí –respondió ella con la boca llena–. Me levanté antes de que amaneciera. Lo único que tomé fueron los mates de doña Pancha.

–¿Siempre te levantás tan temprano?

–Siempre. Si no, los demás lecheros nos ganan los clientes.

Juana terminó la torta frita y se acomodó lo mejor que pudo en el incómodo respaldo:

–¡Quién sabe dónde estará la Manchadita! –dijo, patrullando la orilla del río con melancólica mirada–. Quizás, viéndose libre, llegó hasta Las Conchas... O más allá... Realmente, yo no creo que la pueda encontrar...

–Entonces, ¿para qué me estás acompañando?

Juana lo miró a los ojos.

–Quiero que tu hermano se recupere.

Anselmo hizo un gesto de sorpresa. Juana desvió la vista. Se puso a mirar por la ventanilla mientras jugueteaba con el pasante de la cortina. Después de un instante, dijo en voz muy baja:

–Mi mamá murió en la epidemia de viruela de 1802.

Él se quedó sin palabras. Juana seguía mirando el río.

–Vivíamos cerca de la frontera. La vacuna no llegó hasta allá.

La joven lechera suspiró.

–No quiero que esa peste de porquería se lleve a nadie más. A nadie.

Anselmo se sintió arrepentido por no haberse dejado vacunar en el hospital. ¡Es que el cuchillo del sangrador parecía tan afilado, y los chicos que habían pasado primero chillaban tanto! Su papá le había prometido un caballo si se dejaba inocular. Pero Anselmo no había podido vencer su miedo.

–Además, quisiera ver las famosas huestes secretas –continuó Juana, un poco por cambiar de tema–. Quizás hasta podemos ayudar en algo.

Anselmo la miró con respeto. Corrió la cortina de su ventanilla y le dijo:

–Yo voy a mirar de este lado. A lo mejor, encontramos a tu vaca.

La tarde fue pasando lentamente. El crepúsculo fue corto y frío, y después cayó la noche de invierno en la costa.

El 1º de agosto amaneció nublado y ventoso. Juana se despertó con la sensación de que la habían molido a golpes. Los zarandeos de aquel coche eran realmente espantosos.

Habían cubierto por lo menos cinco leguas de las seis que los separaban de su destino. De la Manchadita no había ni señales.

El cochero se había desviado de la costa para adentrarse en el monte. Bordearon un arroyo orlado de sauces y vegetación. Luego, ya sobre un camino de tierra negra, le dejaron paso a un carro de tropero que venía sin reses, tirado por dos bueyes. Bajo los cueros del techo, Juana vio que había una media docena de paisanos con arcabuces, machetes y palos. Miró a Anselmo, pero este estaba profundamente dormido, reclinado sobre su equipaje.

Un nutrido grupo de jinetes pasó galopando a toda velocidad. Dejaron tras de sí tal nube de

polvo, que se filtró adentro del coche a pesar del vidrio y las cortinas. Anselmo se despertó tosiendo. Se puso a mirar por la ventanilla sin despabilarse del todo.

–Soñaba que podía nadar como un pez –dijo con voz pastosa–. Iba a encontrar un tesoro, pero... me desperté.

–Creo que ya llegamos –repuso Juana.

En efecto, el coche se detuvo en ese momento con un traqueteo final. El cochero gallego les abrió la portezuela. En su cara se leía el miedo.

–¡Pronto! ¡Yo no quiero líos!

Los chicos bajaron confundidos. Anselmo se masajeó las nalgas. Sentía como si ya no las tuviera. Trató de caminar lo más normalmente posible mientras el gallego les alcanzaba sus bártulos.

El sol seguía sin salir, aunque ya era bien entrado el día. El gallego trepó a su coche y enfiló para Buenos Aires buscando el camino de San Fernando.

Juana caminó unos pasos. En la extensión llana y agreste se estaban preparando para pelear unos trescientos paisanos.

No eran soldados profesionales, como los ingleses. La mayoría vestía bombachas amplias o chiripá con ponchos de colores crudos. Muchos llevaban sombreros abombados, o directamente pañuelos sobre la cabeza desnuda. Estaban limpiando con esmero armas del tiempo de las invasiones

lusitanas, de un siglo atrás, por lo menos. Algunos cepillaban sus caballos. Otros afilaban cuchillos de monte.

–¿Esta es tu famosa hueste, Juana? –dijo Anselmo, un tanto desilusionado.

El predio en donde se alistaban los milicianos parecía no tener fin. Un cartel clavado con una estaca en el suelo anunciaba:

"Chacra de Perdriel.

Propietario: don Gregorio Belgrano".

–¡Bueno! –dijo Anselmo–. Al menos llegamos a Perdriel. Acá debe estar mi padre.

Un grupo de paisanos había formado una rueda en el suelo alrededor de una fogata. Estaban mateando. Juana le hizo una seña con la cabeza a Anselmo y después caminó hasta los improvisados soldados.

–Buen día les dé Dios –dijo, cruzando los brazos.

Anselmo llegó junto a ella y desplegó orgullosamente sus papeles ante las narices de los dueños de la fogata. Los paisanos lo miraron sin parpadear.

–No queremos comprar nada, mocito –dijo el más viejo, por fin. Los demás se rieron entre dientes. Anselmo enrolló los papeles algo abochornado.

–Estamos buscando a don Miguel Olima. Soy el hijo.

Al escuchar el nombre el más viejo, un paisano cuarentón de bigotes canosos, les hizo lugar junto al fuego.

–Don Olima andaba ayer revistando tropas con don Argerich. Es uno de los tenientes de las fuerzas.

Anselmo se sentó junto al paisano, expectante.

–¿Mi papá es teniente? ¿Dónde está?

El paisano le señaló una tienda de campaña alejada del paisanaje. Había un palenque con caballos finos y un esclavo dándoles pastos tiernos.

–Creo que ayer hizo noche en la tienda de don Martín Pueyrredón.

Se señaló el pecho con cierto orgullo.

–Yo soy Lorenzo López. Vengo del Luján acompañando al niño Martín.

Juana se sentía incómoda. Se tocó las trenzas y notó que las tenía todas desarmadas. Se acercó más a Anselmo y le dijo al oído:

–Me quiero lavar la cara.

Anselmo asintió y cuando ella se fue se acomodó mejor junto al paisano.

–¿Hace cuánto que están planeando enfrentarse a los ingleses?

–Hace una punta de días –dijo Lorenzo López–. *Práticamente* desde que invadieron. Nosotros queremos al amo viejo...

–O a ningún amo, por qué no –dijo una voz joven a espaldas de Lorenzo López.

El paisanaje saludó esas palabras con una risa nerviosa. Anselmo reconoció a Juan Madera, el aprendiz de doctor que habían encontrado en el Protomedicato.

–Qué bueno que te las compusiste para llegar, Olima –le dijo, aceptando el mate que le tendía López.

Anselmo estaba sorprendido, en parte por ver ahí a Juan Madera, y en parte porque el aprendiz de doctor mateaba con cualquiera. Pero trató de no demostrarlo.

–Sí. Quiero ver a mi padre enseguida.

–Argerich y tu padre ya no están acá... Se fueron a Las Conchas durante la noche... Iban a embarcarse.

Anselmo se puso pálido.

–No me diga eso. Gerardo está mal. El doctor tiene que verlo...

Anselmo intentó seguir hablando pero no le salían las palabras. ¡Hacer seis leguas inútilmente, sin conseguir la vacuna!

Juan Madera sacó unas semillas de bolsillo y se puso a mascarlas, como hacía siempre que se ponía nervioso:

–Argerich y tu padre fueron con una escuadra de avanzada para avisarle a Liniers la posición de nuestras tropas. La idea es que se sumen a nosotros, para poder marchar todos juntos hacia Buenos Aires y liberarla de una vez.

–¿Pero quién es ese tal Liniers? ¿Dónde está?

–En Montevideo. Con las huestes secretas.

–Ah, ¿pero estas no son las famosas huestes? –preguntó Anselmo.

En ese momento se escuchó una detonación horrorosa. Una bala incandescente de cañón venía fulgurando en el cielo. Se estrelló junto a un sauce con un estampido que hizo volar miles de esquirlas al rojo vivo por todas partes. El paisanaje se desbandó en una confusión de órdenes y contraórdenes.

Anselmo se levantó medio sordo por la bala de cañón. Veía que los paisanos corrían en zig-zag, buscando guarecerse. No entendía por qué. Hasta que oteó el horizonte y vio una delgada línea roja que venía avanzando a marcha forzada: eran tiradores ingleses, y estaban barriendo la zona con descargas de fusil.

Juana, mientras tanto, había llegado a las márgenes del arroyo que cruzaba la chacra y se había soltado el pelo. La orilla tenía pastos tan altos que le tocaban los hombros. Algunos sauces lamían la punta de las aguas con sus copas volcadas hacia la corriente.

Se arrodilló, perdiéndose entre los yuyos, y tomó un poco de agua entre sus manos. Se quedó sorprendida. El color del agua no era amarronada, sino cristalina, como la caída de un manantial.

Se lavó la cara, cuidando bien de sacarse las lagañas. El agua estaba fría, pero ella estaba acostumbrada a fríos peores. Se mojó el pelo y estaba trenzándoselo de nuevo, cuando le pareció ver una sombra bajo la superficie.

Retrocedió gateando. El agua estaba mansa. Pero un momento antes, habría podido jurar que algo como una criatura marina se había deslizado por el fondo.

Siguió trenzándose el pelo, recelosa. Vio unas vacas salvajes tomando agua unos cuantos pasos más allá, pero ninguna era su Manchadita.

Se levantaba para irse, cuando algo la dejó helada. Un soldado inglés estaba a unos tres pasos, de espaldas a ella, apuntando al horizonte del arroyo con un catalejo.

Juana no sabía qué hacer. Si se movía, él iba a notar su presencia. Pero si se quedaba ahí, cuando se diera vuelta...

El soldado se guardó el catalejo y se volvió justo cuando Juana se agachó entre los pastos. Alcanzó a verle la morena cabellera, e inmediatamente preparó su fusil. El primer disparo impactó muy cerca del pie derecho de Juana. Esta se aguantó las ganas de gritar y se puso a correr casi en cuclillas. El inglés la seguía entre los pastos, preparando un nuevo tiro con su baqueta. Los dos juntos oyeron el disparo del cañón. El inglés gritó:

–¡*Stop*!

Juana se desesperó y corrió hasta llegar a un claro lleno de sauces. El inglés llegó también y se quedó asombrado al ver que su supuesto enemigo era una nena pequeña, para colmo desarmada. Pero ante todo era un soldado de cien batallas. Así que se apoyó el fusil en el hombro, dispuesto a matar. Juana cerró los ojos. Escuchó un quejido y los abrió de nuevo.

Una piedra había impactado en una de las sienes del inglés, que cayó sin sentido en el piso. Juana miró por todo el claro buscando quién había tirado la piedra, pero no se veía a nadie.

Se oían disparos y gritos cada vez más cercanos. Juana se agachó junto al inglés y tocó la piedra que lo había desmayado. Era enorme, curiosamente pulida y redonda, como si hubiera permanecido siglos bajo la superficie del mar.

VII

La contienda

Una verdadera batalla se estaba desarrollando en la chacra de Perdriel. Anselmo deambulaba por entre las balas. Apenas vieron al muchacho, los paisanos empezaron a gritarle.

–¡Cubrite!

–¡Al suelo! ¡Al suelo!

Pero Anselmo parecía fascinado por la contienda. Veía la trayectoria de las balas en el aire, las volutas de humo que escupían los fusiles, el emplazamiento de las tropas enemigas... Notó que los ingleses no tenían caballos. Sólo en la última línea había una docena de oficiales montados, protegiendo el parque de artillería y los pertrechos. Entre esos jinetes se encontraba el general Beresford.

En el frente, un grupo de fusileros criollos, guarecido tras un tapial, trataba de defender la posición de dos pequeños cañones que respondían al ataque inglés. Los cañoncitos estaban apoyados en unas cureñas oxidadas y eran manejados con

decisión por un par de paisanos con el torso desnudo, que festejaban cada disparo con alaridos de reñidero.

Los ingleses detectaron la fuente del ataque y empezaron a dirigirle descargas de metralla. Anselmo estaba justo en la línea de fuego. De repente, sintió que unas manos fuertes lo tomaban del brazo, arrastrándolo, obligándolo a guarecerse tras un carro volcado.

Era Juan Madera. El joven aprendiz le guiñó el ojo, masticando sus semillas, y luego volvió a guiñarlo otra vez, pero sobre el fusil a chispa que tenía entre las manos para hacer puntería. Junto a él estaban Lorenzo López y la paisanada que mateaba, contestando el fuego codo con codo.

Los hombres trataban de organizarse. Un joven con chaquetilla militar impecable y patillas recortadas a la francesa, se paseaba entre las líneas reclutando un grupo de criollos. Era don Martín de Pueyrredón.

–¡A los caballos! ¡Vengan conmigo! –gritaba. Su esclavo negro lo seguía, sosteniendo la pólvora, la baqueta y los cartuchos.

–¿Adónde quiere ir? –replicó Juan Madera–. ¡Defendamos los cañones!

Los ingleses marchaban de acuerdo como un solo hombre. Desde su puesto, Anselmo vio como el general Beresford señalaba la esquina de las tapias, ladrando unas órdenes secas, precisas.

Los ingleses hicieron fuego sincronizadamente. Uno de los cañoneros cayó sin una queja.

Los gritos de todos se perdían en medio de las detonaciones. Pueyrredón reunió a unos seis jinetes. Sus caballos corcoveaban con las patas alzadas y las narices henchidas, nerviosos en medio del ruido y el humo.

La artillería inglesa era muy eficaz. El poder de su metralla hizo que los fusileros de los tapiales abandonaran el cañón sobreviviente dispersándose de cualquier manera sobre el terreno. Juan Madera apretó los dientes y siguió disparando desde su posición tras el carro volcado, sin replegarse, cada vez más cercano al fuego enemigo, hasta que Anselmo lo tomó del brazo para hacerle ver que el resto de los paisanos se estaba retirando rumbo al arroyo. Lorenzo López, que iba entre ellos, se detuvo de pronto con los ojos fuera de las órbitas:

–¡Don Martín! ¡Qué hace!

–Está loco. Cree que está jugando a la guerra... –masculló Juan Madera.

El joven Pueyrredón salió galopando a la carga con los seis jinetes que había reunido. Atropellaron con todo en dirección a Beresford, tratando de ganar la retaguardia de los ingleses.

Uno de los paisanos arrojó un lazo al pasar y consiguió enganchar una caja de municiones del enemigo, llevándosela consigo. Hubo gritos de festejo.

A los ingleses no les gustó aquello. Reaccionaron y empezaron a disparar hacia el grupo, cambiando sobre la marcha la línea de fuego. Pero los paisanos seguían galopando como alucinados. Pueyrredón, contagiado por ese entusiasmo, hincó espuelas en su brioso alazán y continuó cabalgando a pesar de que los disparos picaban junto a él peligrosamente. Cada vez estaba más cerca de los ingleses. Uno de ellos apuntó con su pistola e hizo fuego. El joven Pueyrredón y su caballo cayeron al mismo tiempo.

–¡Niño! –gritó Lorenzo López. Abandonó su posición sin cubrirse. Anselmo se asomó tras el carro y Juan Madera lo bajó de un manotazo.

Parapetados, vieron cómo el paisano montaba en su malacara y cabalgaba directamente hacia la acción. López llegó entre las balas hasta el joven caído y lo zamarreó tomándolo de los hombros.

–¡Me lo mataron!

Pueyrredón abrió los ojos. Estaba pálido pero intentó sonreír.

–No, López. Es el caballo...

Una bala se enterró cerca de ellos.

Anselmo gritó desde su improvisada trinchera.

–¡Cuidado!

López tomó a Pueyrredón por los sobacos y fue sacándolo lentamente de debajo del cuerpo del caballo muerto. Algunos ingleses seguían disparando. Juan Madera recargó el fusil:

–¡Vamos a cubrir a López! –gritó, y devolvió el fuego con pulso firme.

Mientras tanto, López había logrado sacar al imprudente Pueyrredón de debajo del alazán. Lo montó en el anca de su malacara y los dos volvieron al galope hasta la zona de repliegue, entre exclamaciones de aliento y aplausos.

Beresford se enojó mucho con la avanzada. Ordenó a sus soldados que dispararan los obuses hacia el campamento criollo.

Al ver las bocas amenazantes de la artillería enemiga todos empezaron a dispersarse. Juan Madera tomó del codo a Anselmo y lo hizo correr hacia el arroyo. Anselmo se detuvo bruscamente. Juan Madera casi se cayó por la frenada.

–¡Qué te pasa! ¿Estás herido?

–¡No! –gritó Anselmo, para hacerse oír por sobre los disparos del cañón–. ¡Es que dejé las provisiones y mis papeles de limpieza de sangre atrás del carro!

Juan Madera lo miró como si se hubiera vuelto loco. Un cañonazo estalló cerca de donde estaban, generando humo, gritos y sangre. Juan Madera tocó la culata de su fusil, buscando defenderse instintivamente. Anselmo quiso volver rumbo al carro volcado, pero el aprendiz de doctor lo zamarreó gritándole cerca del oído:

–¡Ya es tarde, dejá todo!

–¡Sí, pero los papeles de limpieza de sangre!

–¡Dejá esos papeles! ¡No valen la pena, Olima!

–¡Mi padre me va a matar si los pierdo! ¡Esos papeles nos acreditan como buenos españoles!

Juan Madera lo miró a los ojos.

–¿Y eso para qué nos sirve ahora, Olima?

Anselmo se quedó inmóvil, hasta que una descarga de clavos los obligó a huir. Terminó dejando en el campo los papeles, las provisiones y la plata que había traído de su casa. Sólo le quedó el reloj, y el amuleto de *Caloé* colgando patéticamente de su cuello.

Y así terminó la batalla de Perdriel.

Algunos criollos fueron tomados prisioneros. Otros escaparon hacia Las Conchas. Juan Madera se replegó con Anselmo y un grupo reducido hasta las márgenes del arroyo, en el claro de los sauces. Desde allí vieron cómo los ingleses marchaban de nuevo hacia el sur.

–¿Qué hacen? –dijo Anselmo–. ¿Se vuelven a Buenos Aires?

La voz de Juan Madera rezumaba bronca:

–¡Más bien! ¡Son tan pocos que no pueden dejar desguarnecida la ciudad!

Juan Madera esperó la retirada inglesa. Enseguida tomó una caja y se puso a recorrer lo que había sido el campo de batalla. Pensaba encontrar heridos. No tuvo que esperar mucho: por todos lados había gente lastimada. Juan Madera se lavó las manos en el arroyo y sacó de la caja

una especie de pinza fina. Anselmo se retiró. No quería ver eso. Quería encontrar a Juana, a quien había perdido de vista en la contienda.

Se puso muy inquieto. Entre la gente sobreviviente, se hacía muy difícil localizarla. Al fin la encontró escondida entre unos juncos.

Juana tenía una cara de susto inédita en ella. Anselmo llegó hasta donde estaba y le tocó el hombro.

–¿Estás bien?

Al reconocer a Anselmo Juana se levantó y lo abrazó, tan fuerte, que Anselmo tuvo ganas de que lo soltara. Finalmente, ella se desprendió bruscamente y se sentó de vuelta donde estaba, comiéndose las uñas.

Iba a decir algo, cuando una balsa de troncos apareció bogando por el río. Unos negros remaban. Apenas tocaron la orilla, sacaron cuerdas y boleadoras y se perdieron entre los mangles. Anselmo los siguió con la mirada.

–Mi papá está en Montevideo con el doctor Argerich.

–¿Por qué se fueron? –dijo Juana.

–Fueron a buscar a un tal Liniers.

–¿Liniers? Mi abuela me dijo que ese es el hombre que está preparando las huestes secretas.

Se oyeron mugidos. Juana levantó la cabeza, alertada por el ruido.

–¡Manchadita!– gritó.

Los negros de la balsa habían atrapado a una vaca arisca y la traían a la rastra, doblando los yuyos altos. La ataron clavando una estaca en el suelo. Pero no era la Manchadita. No tenía cuernos, ni verruga, ni marca. Juana se acercó hasta ellos y los encaró:

–Hola. Estoy buscando una vaca.

Los negros sonrieron.

–Te vendemos esta por dos reales.

–No. Ya tengo una, pero está perdida.

–Su vaca tiene una verruga en la mano de adelante– corroboró Anselmo. Los negros se miraron entre ellos. Juana insistió.

–Esa vaca trabaja conmigo. Vendemos leche en la ciudad. Si no la encuentro no puedo volver a mi casa.

El negro más joven se rascó la cabeza afeitada.

–Nosotros llevamos vacas a Montevideo.

–¿Entonces son cuatreros? –dijo Anselmo horrorizado.

Los negros los miraron con hosquedad. Juana se puso delante de Anselmo y les sonrió, compradora.

–No le hagan caso. La guerra lo tiene confundido.

Hizo un gesto con el dedo alrededor de la sien. Anselmo se ofendió y se alejó dando dos zancadas. Los negros se rieron.

–¡No! No somos cuatreros. Somos libertos y estamos trabajando para un señor que necesita mucha carne fresca.

–Con esta –terció otro de los negros– ya es la cuarta partida de reses que llevamos cruzando el agua grande.

El negro de la cabeza rapada le señaló la balsa. Sus compañeros estaban embarcando algunas otras reses salvajes.

–¿Tiene marca, tu vaca?

–Sí. Las iniciales de mi abuela grabadas a fuego. Una "S" y una "A" en letras que parecen de molde.

–Entonces, subí que te alcanzamos hasta la otra banda. Con un poco de suerte, quizás todavía esté por faenar, con las que llevamos ayer.

Juana dudó mirando a Anselmo, que estaba enfurruñado, más allá.

–¿Puedo llevar a mi amigo?

–Bueno, pero si no nos dice cuatreros. Somos negros de bien, qué tanto remilgo.

–¡Son unos abigeos! –les gritó Anselmo.

–No es verdad. Ahora trabajamos para *mesié* Liniers.

VIII

En el agua

El arroyo se comunicaba con el río del Luján, y este con el Río de la Plata. Los chicos dejaron atrás la costa de Buenos Aires en la balsa de las reses.

La flotante plataforma de troncos estaba llena de vacas. Un olor a bosta, dulzón y pegajoso, mantenía las narices de Anselmo en un estado de alarma, pero para Juana era un aroma familiar que la llenaba de paz.

El crepúsculo cayó lentamente sobre las mansas aguas. El negro de la cabeza afeitada, que se llamaba Venancio, les dio unas tiras de tasajo resalado. Anselmo no tenía hambre. El tasajo tenía un olor fuerte, a podrido, que le hacía revolver el estómago. Más que carne, parecía una lonja de cuero seco. Con la panza contraída, vio como Juana lavaba su porción con mucha paciencia en las aguas del río. Ella ablandó con agua el tasajo, y luego empezó a morderlo con rápidos tirones. Parecía que estaba acostumbrada a comer esas cosas.

Anselmo extrañó su cocina, a la Pancha preparándole platos de pichones, sopa de huevo, ambrosía. Las tripas le dieron un salto de nostalgia.

La Pancha y los otros esclavos, ¿comerían tasajo como Juana y los libertos de la balsa?

Anselmo se sentía intranquilo, bogando en ese río cada vez más oscuro, pensando en estas cosas nuevas. Para colmo, les tenía un poco de miedo a las vacas. Nunca había estado tan cerca de esos animales. Juana notó ese malestar y le dijo:

–No te preocupes, Anselmo Olima. No te quedes donde tienen las patas de atrás. Salvo darte una patada, ellas no te pueden lastimar.

Los negros estaban armando un cobertizo con cueros en medio de la embarcación, para poder hacer turnos de sueño durante la noche. Cuando la oscuridad se hizo impenetrable, Venancio encendió una lámpara de aceite. Enseguida la escondió dentro del cobertizo:

–Es para que los herejes no nos hundan de un bombazo –explicó.

Anselmo se puso nervioso. ¿Así que podían detectarlos? Se imaginó los poderosos cañones que los ingleses tenían en Perdriel, lo que una bala de tal calibre podía hacerle a la balsa de troncos.

Trató de distraerse mirando a Juana. Su compañera de viaje estaba sentada con las piernas cruzadas. Un paisano comedido le había prestado su

poncho, allá en Perdriel, así que estaba cubierta con la prenda tejida, mirando el horizonte líquido. Anselmo pensó que parecía una india. Una india de esas que a veces subían a Buenos Aires para comprar en las pulperías: esbeltas, delicadas, con algo de altivez en su porte.

Juana lo miró. Anselmo estaba muy sucio, después de sus correrías por la campaña. Tenía un gesto raro en la cara, algo así como un rasgo de madurez incipiente. Por supuesto, esa sensación desapareció cuando un ternero le apoyó su hocico húmedo en el brazo. Anselmo dio un salto que casi hizo zozobrar la embarcación. Juana soltó una risita. Su risa era suave y rápida, como un cascabeleo. Era la primera vez que Anselmo la oía reír.

–¿Vos sos una india? –le dijo, sin asomo de burla.

Ella se quedó pensativa.

–No sé. Mi mamá sí era. Antes vivíamos pasando la frontera. Pero mi papá nos trajo a la campaña de Buenos Aires. Ahí mi mamá se enfermó y murió y entonces mi papá me dejó con mi abuela. Mi papá era blanco.

–¿Y tu abuela?

–Mi abuela es blanca también, de Sevilla. Cuando era joven se escapó con un curtidor de cueros. Ahora es viuda. Ya no quiere volver a la ciudad. Sólo quiere vender leche y tener muchos reales.

El ternero olisqueó a Anselmo y pareció hallarlo de su gusto porque se echó junto a él, desplazándolo un poco. Juana se acercó y le acarició las orejotas. El ternero baló.

–¿Y tu mamá?–le preguntó ella. Anselmo se encogió de hombros.

–Nunca la conocí. Se murió cuando yo tenía meses. Padre nos cuida mucho porque también tiene miedo de que nos pase algo...

Anselmo suspiró.

–No sé... Cuando se entere de que Gerardo está tan enfermo se va a poner muy mal... Ojalá que lleguemos a tiempo con la vacuna.

No había luna porque estaba nublado. El río estaba negro. Juana tuvo un escalofrío:

–Durante la batalla, allá en la orilla, vi algo raro.

Anselmo tuvo miedo.

–¿Qué? ¿Qué viste?

–No te rías... Pero me parece que vi una náyade.

Anselmo se apoyó en el ternerito, buscando lugar para estirar las piernas.

–¿Qué es una náyade?

–Mi abuela me contó una vez que en el agua saben vivir gentes... Que tienen escamas en vez de tener pelos. Que respiran con agallas como la de los peces, ¿viste?

–Yo creía que esas se llamaban sirenas –dijo Anselmo.

–No... Las sirenas son del mar. Las náyades viven en los ríos de agua dulce, como este.

Anselmo se separó lo más que pudo del borde de la barca.

–¿Eso viste, Juana? –susurró, temeroso.

–Algo así. Pero no estoy segura...

Anselmo se quedó dormido abrazado al ternerito.

Juana estuvo despierta largo rato. Se durmió recién en la madrugada del 2 de agosto, con el puerto de Montevideo a la vista.

Soñó que una náyade –en realidad *un* náyade varón– nadaba grácilmente entre los barcos del puerto, hasta perderse bajo la quilla de un navío que tenía una rosa pintada en la popa.

IX

Johannes

Montevideo parecía un reflejo de Buenos Aires, la cara opuesta de un espejo. Los libertos trasladaron las reses hacia donde estaban acampando los milicianos de Liniers. Los chicos los siguieron, paseando por las calles estrechas como sintiéndose en casa.

Finalmente, la partida con las reses alcanzó el monte y arribó a la llanura en donde se encontraban las famosas huestes secretas. Pero los esperaba una desilusión. Lo único que encontraron fueron cenizas de fogatas viejas, terreno arrasado, cáscaras de frutas y bosta de caballo. Las tropas habían desaparecido. Un edecán uniformado les salió al encuentro.

–Buen trabajo. Vamos a quedarnos con estas también –dijo, indicándoles a unos esclavos que se llevaran el ganado.

Juana le preguntó por las vacas que habían llegado el día anterior, describiendo muy bien los cuernos recortados y la verruga de la Manchadita,

pero el edecán dijo que todas se habían usado como rancho para las tropas.

Juana se quedó muy triste.

–Manchadita linda... ¡Convertida en un asado, seguro!

Anselmo le palmeó el hombro.

–Vos no te preocupes. Cuando todo esto termine, le voy a decir a mi padre que te compre dos vacas, una para vos y otra para tu abuela.

Los deseos de Anselmo eran muy alentadores, pero para que todo eso sucediera debían encontrar primero a don Miguel Olima.

Anselmo consultó al edecán.

–¿Dónde están ahora las huestes secretas?

El hombre lo miró con desconfianza. Anselmo lamentó la pérdida de sus papeles. Con ellos habría podido demostrar que era el hijo de don Olima. Juana, en cambio, tiró de la cadena de su reloj y antes de que él pudiera protestar le mostró al edecán la tapa labrada, que tenía el escudo de la familia.

–El padre de este chico, don Miguel Olima, es teniente de las huestes.

El edecán endulzó el gesto. Miró a Anselmo con simpatía.

–Están en Colonia, a unas leguas de acá. Quieren adelantarse a la sudestada buscando un punto más propicio para cruzar el río.

Anselmo agradeció la información y se dispuso a volver al puerto de Montevideo. Juana lo siguió, entristecida por la suerte de su Manchadita.

–¡Te hicieron rancho, pobrecita! –suspiraba, imaginando sus huesos al sol.

Finalmente llegaron al centro de Montevideo. Cerca de la playa del río, había un catalán repartiendo trabucos naranjeros que sacaba de un barril recubierto de brea. Todo el mundo hacía cola para llevarse un arma. Anselmo también se puso, pero Juana lo tomó del brazo.

–Mejor vamos, Anselmo Olima.

Había quedado sensible después del episodio con el inglés durante la batalla de Perdriel, y no quería saber nada con armas de fuego. Pero Anselmo le señaló a dos chicos de pelo rubio que esperaban más adelante. Tendrían unos once años.

–Esos son más chicos que yo, y sin embargo también esperan. Así que me quedo.

Juana se cruzó de brazos, poniendo trompa y frunciendo las cejas.

El catalán que repartía las armas tenía un aire de viejo lobo de mar, con su gorra, su chaquetón embreado y sus altas botas.

Llegó el turno de los chicos rubios, que se adelantaron para recibir un trabuco. Juana se quedó mirándolos asombrada: ¡eran tan raros! Trató de pensar por qué le chocaban. ¿Sería por el pálido color

de sus caras? Después de un rato de cavilar, Juana entendió por qué le llamaban tanto la atención: a pesar de vestir ropas diferentes, ¡los dos muchachos eran iguales! Codeó a Anselmo para mostrarle su descubrimiento. Los chicos rubios tomaron los trabucos y se fueron en dirección al muelle.

Cuando le llegó el turno a Anselmo, el catalán bucanero le ofreció un trabuco inservible: estaba oxidado por falta de aceite, la chispa no tenía piedra y estaba descargado. Lo único bueno que tenía era la culata. Estaba hecha de marfil tallado, y la talla representaba una caza de faisanes. A Anselmo le pareció un auténtico tesoro. Juana lo miró con un aire más práctico:

–Esa culata puede valer mucho. Cambiémoslo por pescado frito en los puestos del muelle.

–¡Estás loca, nena! –gritó Anselmo, colgándose el trabuco en el cinto.

Pero la panza le hacía mucho ruido, así que igual decidieron ir al muelle, a ver si conseguían algo gratis de comer.

El muelle era un camino de madera que se adentraba en el río sostenido por unos fuertes pilares. El agua estaba en bajada, aunque el día gris amenazara tormenta. No había nadie, sólo las gaviotas que sobrevolaban como esperando algo.

–¿Ves? –dijo Anselmo apuntando a una gaviota con el trabuco–. Si esto estuviera cargado, podríamos comer gaviota asada.

–No veo cómo, si vos no sabés encender el fuego –dijo Juana sarcásticamente. Anselmo sintió que se ponía rojo.

–¡Claro que sé!

Unas risas surgieron desde debajo de los pilotes del muelle. Juana y Anselmo aguzaron el oído.

–Hay alguien abajo, en la playa...

Unas voces jóvenes hablaron en un idioma áspero y desconocido. Los chicos se llenaron de inquietud.

–¿Ingleses? ¿Acá? –murmuró Anselmo.

Juana fue despacio hasta el borde del muelle y lentamente se tendió boca abajo. Agachó la cabeza, y sus trenzas negras quedaron colgando. Descubrió quiénes estaban debajo de los pilotes y tuvo que volver a mirar para asegurarse de que no estaba alucinando: los chicos rubios que estaban en la cola de las armas estaban preparando una fogata. Pero ya no eran dos idénticos. ¡Ahora eran cuatro!

En un momento Juana y Anselmo estuvieron debajo del muelle. Juana tuvo que darle la mano a Anselmo para que no resbalara en el verdín que se había formado entre las piedras.

Los cuatro chicos idénticos los miraron con la misma cara de sorpresa.

–¿Son ingleses, acaso? –les preguntó Juana.

El que tenía la yesca para encender el fuego se incorporó.

–No. Somos montevideanos. Pero *nuestrros padrres* son de Smäland, un lugar al *norrte* del mundo. *Entrre nosotrros* hablamos así.

Juana se quedó contemplando las cuatro caras de ojos azules. Pero Anselmo más bien contemplaba las onzas de pescado fresco que los chicos tenían en una canasta. Sin querer, llevado por su estómago, se acercó a los troncos que uno de los chicos estaba apilando y se arrodilló a la espera de un convite. El muchacho de la yesca le dio una ojeada al trabuco de culata de marfil que tenía Anselmo, mientras acomodaba los troncos más grandes en forma de pirámide.

–¡Qué buena *arrma*! –dijo, aprobador.

Anselmo sonrió, orgulloso.

–¿Estás seguro de que así va la leña para el fuego?–dijo, haciéndose el entendido.

–¡*Gut*! ¡De esa *forrma arrden mejorr*! –contestó el jovencito.

Dio unos chispazos sobre los troncos. El fuego prendió enseguida.

–¿Vienen de Buenos *Airres*?

–Sí. Estuvimos en la batalla de Perdriel.

Los cuatro hermanos lanzaron un murmullo de admiración.

–Quédense a *comerrr* con nosotros, por *favorr* –dijeron al mismo tiempo.

Anselmo se cruzó de piernas con una cara tan feliz que Juana no pudo menos que sonreír.

Cuando las brasas estuvieron a punto, pusieron el pescado para que se cocinara. Juana rompió el hielo:

–¿Por qué son tan iguales?

–Nacimos todos el mismo día. *Porr* eso tenemos el mismo nombrre.

–Yo soy Johann *Alberrto*.

–Yo, Johann Luis.

–Yo Johann *Saturrnino*.

–Yo, Johann Manuel.

–Somos tan famosos en Montevideo, que el *goberrnador* Huidobro abrió con *nosotrros* la vacunación contra la *virruela*.

Juana y Anselmo se miraron.

–¿Y eso fue hace mucho?

–Hace un año, más o menos –dijo Johann Manuel.

Se levantó la manga de la camisa y mostró una cicatriz larga y rosada como una lombriz, cerca del hombro. Sus hermanos hicieron lo mismo, con gran orgullo.

–El cuchillo *erra* muy filoso.

–Las muestrras *vinierron* en un *barrco* –completó Johann Luis.

–En el *barrco* fantasma –dijo Johann Saturnino.

–¿Barco fantasma? –dijo Juana.

Los cuatro hermanos asintieron a un tiempo, gravemente, moviendo la cabeza.

El pescado estaba listo. Johann Luis lo repartió en porciones sobre una tabla de madera. Los chicos se sirvieron con los dedos.

–Sí. *Ahorra* el *barrco* está anclado en las radas del *puerrto*. Nadie lo reclamó.

–Su capitán se llamaba Carvalho.

–Vino desde Europa *trrayendo* el fluido contra la *virruela*. En *vidrrios* y en *negrros*.

Anselmo comía tan rápido como le daban los carrillos. Nunca había tenido tanta hambre.

–¿En negros? –preguntó distraídamente, para no parecer descortés.

–Sí –dijo Johann Manuel–. Yo vi algunos el día que nos *vacunarron*.

Juana hizo un gesto de desagrado.

–Pobres. Ellos son gente también.

Los chicos rubios la miraron con sorpresa.

–Supongo que sí... –concedió Johann Manuel–. La cosa es que el *barrco* se hizo a la *marr* para extenderr la vacuna en todo el virreinato, y un tiempo después *aparreció* a la *derriva cerrca* de la playa.

–Sin nadie *adentrro* –dijo Johann Saturnino.

–Es un misterio... –dijo Anselmo, por decir algo. Había comido y sentía mucho sueño. Pero Juana parecía muy inquieta.

–Quiero ver el barco –dijo.

Los suecos se levantaron al mismo tiempo.

–¡Vamos al *puerrto*!

Anselmo los siguió de mala gana, asegurándose que el trabuco descargado siguiera atado a su cinto. ¿Qué cuernos ganaban con ir a ver un barco vacío? Encima, el día se estaba poniendo oscuro. Las nubes parecían de plomo. En cualquier momento se iba a largar a llover.

Cuando llegaron al puerto, los chicos vieron algunas barcazas ancladas en las radas. Entre la bruma y la amenaza de tormenta, los hermanos Johannes les señalaron el barco fantasma. Era enorme y tenía una rosa pintada en la popa.

–Ese es, *La Rosa del Río*.

"La Rosa del Río..." Juana y Anselmo se miraron y pensaron lo mismo. Impresionaron a los gemelos cuando gritaron al unísono:

–¡*Larrosa*!

X

La Rosa del Río

Anselmo y Juana trataron de acercarse al barco fantasma. Las maderas de la popa estaban húmedas, llenas de hongos. Johann Saturnino tiró una piedra y salieron volando decenas de gaviotas que habían hecho nido adentro. Juana descubrió una cuerda que pendía desde el botalón. La señaló en silencio. Los muchachos suecos se miraron brevemente.

–Yo no me *atrrevería* a subir. Dicen que está maldito.

En esas estaban, cuando un grupo de soldados apareció en el puerto. Cargaban un cañoncito ligero entre cuatro.

–¡A ver, mocosos! ¡Vía libre!

–¡Podrían ayudar en vez de estarse ociosos! ¡España los necesita!

Los gemelos miraron los trabucos que les había dado el bucanero.

–¿Van a Colonia sus *merrcedes*?

–¡Es claro! –dijo un soldado joven.

–Tenemos que *alistarrnos* o nos van a *dejarr*. ¿Ustedes vienen? –preguntó Johann Saturnino a los porteños.

Anselmo contempló las aguas del Río de la Plata. Su padre debía estar en Colonia. ¡Era hora de reunirse con él! Pero Juana lo tironeó de la manga en dirección a La Rosa del Río.

–Nosotros vamos después, Johannes. Gracias por el pescado –dijo, sin soltarle la manga a Anselmo.

Los cuatrillizos hicieron una reverencia sincronizada y se fueron en búsqueda de una partida que quisiera llevarlos.

Anselmo se soltó de un tirón. Miró a Juana furibundo.

–¡Yo quería ir con ellos!

–Reaccioná, Anselmo Olima. Necesitamos la vacuna para tu hermano, ¡si seguimos buscando a tu padre no vamos a llegar a tiempo! Además, el negro del hospital betlehemita nos dio esta pista.

–Es verdad, pero...

Anselmo contempló con aprensión la silenciosa mole del barco quieto. ¿Y si eran ciertos los rumores de que estaba maldito?

–Ese barco está abandonado, Juana. Ahí no vamos a encontrar ninguna vacuna.

Pero Juana ya estaba tomando carrera para salvar la distancia que había entre la escollera y el

barco. Saltó para prenderse de la soga que conducía a cubierta. Trepó ágilmente, ayudándose con los pies desnudos. Llegó junto a la rosa pintada de la popa y se izó hasta el borde de la embarcación. Lo último que Anselmo vio de ella antes de que se perdiera en la cubierta fueron sus trenzas negras flotando al viento.

–Pucha... –dijo el chico, resignadamente. Se ajustó el trabuco al cinto y calculó bien antes de saltar. No quería caerse al agua. Después de todo estaba fresco y le dolía bastante la cabeza, como si fuera a resfriarse.

Dio un largo salto. Alcanzó la soga en el aire y afirmó torpemente sus caros zapatos contra las maderas del barco. Pero trepar por el vientre de La Rosa del Río no era tan fácil como él había supuesto. Las tablas estaban húmedas y patinosas por el moho; Anselmo tenía miedo de dar un paso en falso. Además, la soga estaba áspera y empapada también. Las manos se le resbalaban en cada nuevo impulso que hacía para escalar. Los zapatos no tenían suela para tremenda tarea, tampoco: Anselmo habría necesitado unas botas como las que tenía Juan Madera. "Menos vistosas pero más útiles", pensó contrariado.

Cuando estuvo a la altura de la rosa pintada vio que esta tenía todos sus detalles, hasta un tallo con delicadas espinas que la envolvía en un curioso,

hipnótico espiral. Distraído, estuvo a punto de soltarse, pero Juana apareció en la borda y le tendió la mano.

Por dentro, el aspecto de La Rosa del Río no mejoraba demasiado. La cubierta estaba salpicada de caca de gaviota. Hacía mucho que nadie la baldeaba. Muchas aves los miraban hostilmente desde los palos.

–Cuando subí esto estaba lleno –comentó Juana–. Ahora se volaron.

Las velas estaban amarradas a los mástiles, como si la embarcación hubiera tenido que capear una tormenta espectacular. Algunas de las jarcias parecían recién trenzadas a pesar del abandono. La cubierta tenía bastante espacio para ser un barco no tan grande. El timón de ébano estaba firme, como si estuviera trabado. Anselmo lo rozó con la punta de los dedos. El molinete era asimétrico, con una especie de gárgola negra en el centro.

–¿Por qué tiene esta forma tan rara? –dijo Anselmo.

Miró en derredor. Al final de la cubierta, junto a la encapilladura, había un cobertizo de madera con una puerta de hierro. La puerta tenía una especie de ventana minúscula, surcada de barrotes.

–Debe ser una entrada a las bodegas del barco –dijo Anselmo.

Se acercaron a paso lento. El candado enorme de la puerta pendía, roto, a un costado. Una piedra estaba a unos pasos.

–¡Parece que alguien rompió el candado a cascotazos!

Anselmo empujó la puerta del cobertizo y esta se abrió con un chirrido de bisagras oxidadas. Había una escalera que se perdía en la oscuridad de las entrañas de la embarcación. Anselmo sintió una vaharada de salitre y sudor que casi lo derribó.

–¡Qué catinga! –exclamó retrocediendo.

Juana había tomado la piedra y la estaba examinando atentamente. Era de regular tamaño, tan pulida y redonda como la piedra que alguien le había acertado al inglés en las costas de Perdriel.

–Mejor vámonos, Anselmo Olima –dijo. La voz le temblaba. Anselmo la miró lleno de sorpresa. Ella se tiñó de un suave rubor.

–Sí, vámonos. ¿No sentís acaso la tristeza de este lugar? Esto no era un barco. Era una cárcel. En esta bodega encerraban a los negros para venderlos.

–Sí, ya sé... –repuso Anselmo. Estaba confundido ante la actitud de Juana.

–Eso a mí no me parece bien –dijo Juana.

Anselmo se rascó la cabeza. Nunca se había detenido a pensar algo así. Siempre había visto

negros en Buenos Aires. Era tan natural como el río y el aire. La primera cara que recordaba haber visto en su vida era la cara negra de la Pancha. Ella nunca le había contado como había llegado a la ciudad...

Anselmo miró de nuevo el cobertizo. Se imaginó allí a la Pancha, apretujada entre un mar de personas, transportada en un barco como este, sin aire, sin espacio, sin ver nunca el sol.

Se estremeció de pies a cabeza. En lugar de ver una bodega, ahora vio la siniestra boca de una mazmorra. Los barrotes eran testigos de una era de silenciosa violencia. Miró a Juana a los ojos, y ella asintió levemente con la cabeza, como si supiera lo que estaba pensando.

Los chicos le dieron la espalda al cobertizo y caminaron, mudos, por la cubierta. Las gaviotas les habían perdido el miedo, porque muchas volvían a posarse en los podridos tablones del piso, como gallinas.

Juana se sentó en la borda, recogiéndose la pollera como para saltar a tierra, pero Anselmo le tocó el brazo.

–Esperá –dijo. Pasó junto al timón y revisó concienzudamente el gabinete del capitán. En el camarote había empotrado un botiquín, pero estaba vacío. Tampoco ahí estaba la ansiada vacuna.

Se reunió con su compañera de viaje y dejaron atrás a La Rosa del Río.

–Podríamos volver con Venancio. Quizás lleven vacas a Colonia, y podamos ir con ellos –planteó Juana.

Estaban caminando por el puerto. La joven lechera se veía entera y dispuesta a seguir con la aventura, pero Anselmo sentía que las piernas se le doblaban, en parte por el cansancio, en parte por el desaliento.

–Nunca vamos a encontrar esa vacuna, Juana. Quizás a estas horas, Gerardo esté muerto...

Trató de no llorar.

–No te amilanes. La viruela es larga, Anselmo Olima. Todavía tenemos algo de tiempo.

Gotas de lluvia fría y densa comenzaron a caer en la tarde de Montevideo. Juana se tapó la cabeza con el poncho.

–¡Vení, volvamos al campamento!

Anselmo la siguió, desganado.

Pero el camino de la escollera estaba imposible. La lluvia arreciaba. Juana decidió tomar un atajo bajando por las piedras de la orilla. Por ahí el camino estaba despejado y solitario. Corrieron embarrándose los pies con el oleaje del río revuelto.

El sendero que los conducía al campamento de repente se borró. La tormenta era tan fuerte que lo único que Anselmo veía era una pared de agua que lo rodeaba por todas partes. Parecía que estaba en el fondo del mar.

–¡Juana! ¡Juana! –gritó, deteniéndose. Era inútil correr. Ya estaba mojado hasta los calzones.

Estiró las manos a ciegas, buscando a la muchacha. Pero la cortina de agua se descorrió y emergió violentamente un rostro duro, de ojos desesperados.

Anselmo sintió un golpe en la mandíbula. Y cayó de espaldas entre las toscas.

XI

Desde el fondo

Anselmo podía nadar mucho rato bajo el agua. Buceaba con gran agilidad, con los cabellos flotando libremente alrededor de su cara.

Pero algo no estaba bien. En el fondo del río, enterrado a medias en el lecho de barro tierno, estaba el caparazón de un barco naufragado.

Anselmo se acercó braceando por entre un cardumen de peces dorados. ¿No era ese barco La Rosa del Río? Anselmo llegó junto a la popa hundida. ¡Sí! La rosa pintada entre un hipnótico círculo de espinas estaba perdiendo el color, tragada por el limo del fondo. Anselmo se rascó el mentón, pensativo. ¡Si hace unos minutos estaba en las radas del puerto de Montevideo! Una puntada le hizo temblar la barbilla y repercutió por toda su cabeza. Realmente le dolía mucho.

–¡Olima! ¡Anselmo Olima!

Anselmo se incorporó bruscamente. Estaba en un lugar desconocido de la playa. Empapado. Le latía la cabeza como si se la hubieran martillado.

Había dejado de llover, pero el día estaba igual de plomizo. Como no había sol, no sabía qué horas eran. Juana estaba junto a él, cacheteándolo angustiada.

–¡Anselmo!

–¿Qué pasó? ¿Nos atraparon los ingleses?

Juana estaba a punto de largarse a llorar.

–¡Tenemos que irnos! La náyade... ¡Salió del río para atacarnos!

Anselmo tuvo un escalofrío de miedo.

–¡Qué decís, Juana! ¿Estás soñando?

Pero enseguida recordó su propio sueño. El fondo del río, la quietud... ¿Había estado ahí realmente?

Juana se había quedado congelada mirando el río. Anselmo se volvió a mirar también, con el corazón en la boca.

Desde las aguas perladas estaba surgiendo un cráneo. Perfecto. Rapado. Después, unos hombros con músculos duros. Parecía una estatua de ébano que hubiera arrastrado la corriente, porque era un cuerpo de color oscuro el que salía del río. Juana sollozó.

–Es él, la náyade...

La figura emergió con gotas de agua chorreándole por el cuerpo. Era un ser completamente atlético, de firmes piernas, con pies largos y delicados. El calzón negro que tenía puesto parecía

un traje de baño. Tenía el color de un esclavo, pero también tenía la majestad de un rey. El rey de las profundidades.

Anselmo lo miró a la cara y reconoció los ojos desesperados del joven que lo había golpeado en la mandíbula. Entonces se acordó.

–¡Él me pegó! ¡Durante la tormenta!

Juana se había acurrucado con las manos hechas puño. Anselmo se levantó como pudo.

–¡No es una náyade, Juana! ¡Debe ser un esclavo escapado!

El muchacho se acercó y le tiró una patada. Anselmo la esquivó a costa de rodar por el barro.

–¿Qué hacés?

El muchacho sacó un puñal de hueso y saltó sobre Anselmo. Cayó con las rodillas sobre su pecho. Anselmo gritó de dolor. Sintió que se quedaba sin aire. Juana se levantó y tomó al joven negro por la espalda. Trató de hacerle soltar el cuchillo, pero él se la sacudió sin hacerle daño, como si fuera una mosca, y volvió a levantar el cuchillo sobre Anselmo, abriéndole la pechera para encontrarle mejor la yugular. Al desatarle la camisa, el ídolo de madera que la Pancha le había colgado al cuello apareció mostrando su feo rostro.

–¡*Caloé*! –gritó espantado el muchacho tirando su cuchillo.

De repente se quedó sin energía, sin saber qué hacer, arrodillado sobre el pecho del pobre Anselmo.

Juana se acercó resueltamente y tomó a su compañero de viaje por un brazo. El joven negro se levantó dejando que ella rescatara a Anselmo.

Los tres se quedaron mirando. Anselmo, mientras se masajeaba el pecho, descubrió que el joven negro era un muchacho de su edad, a pesar de todo. No tenía marca por ningún lado. Eso quería decir que no pertenecía a nadie.

–¿Quién sos vos? –le dijo Juana. La chica todavía estaba bajo el influjo de la vieja leyenda que le había contado su abuela, y creía que era una especie de ser mitológico.

–Umbapa. De la tribu de Nguengué.

Señaló a Anselmo con el mentón.

–Él tiene una imagen de *Caloé*.

Anselmo aferró la figura de madera que pendía de su cuello.

–*Caloé* es el dios de la Pancha –dijo.

El muchacho llamado Umbapa lo miró con desdén:

–Es tu dios también, porque te salvó la vida...

Se volvió hacia el río y empezó a hundirse sin dar señales de frío, cuando Juana lo llamó.

–¡Esperá! ¿Por qué nos querías matar?

Umbapa giró, clavándole una mirada terrible. Pero Juana se la mantuvo cruzada de brazos. Al fin, el chico se dignó a contestar.

–A vos no. Pero este...

–¡Si yo no te hice nada! –protestó Anselmo.

Umbapa apretó los dientes y dio tres zancadas en su dirección, como si quiera pegarle de nuevo. Juana se interpuso delicadamente en su camino. Umbapa se detuvo.

–No vos. Pero sí los de tu sangre. Mirá.

Umbapa levantó el brazo. Cerca del bíceps izquierdo tenía una horrible ampolla de carne, más clara que el resto de su renegrida piel. Parecía una verruga enorme, con pliegues veteados. Le colgaba como un tumor y tenía el tamaño de un puño. Juana ahogó un gemido de asco.

–¿Qué te pasó? –le dijo con genuina compasión.

–Me dieron la peste. Me tajearon la piel con un cuchillo y me untaron un veneno. Enseguida tuve fiebre y se me formó esta cosa.

Umbapa se sentó en la playa.

–¡Quedé contrahecho y ahora me cuesta nadar! ¡Tu gente! –gritó, señalando a Anselmo–. ¡Tu gente me sacó de mi tribu y me metió en un cochino barco!

–¿Qué barco? –dijo Anselmo.

–¡La Rosa del Río!

Juana y Anselmo se sentaron junto a él. La joven lechera le tocó el brazo:

–Contanos, por favor –pidió humildemente.

Umbapa los miró con desconfianza.

–¿Entonces no me van a entregar?

–¿Por qué? –dijo Anselmo–. ¿Porque te escapaste de tus amos?

–No. Porque yo amotiné a todos los que íbamos en La Rosa del Río.

XII

La vacuna

–Yo era el hijo del rey de Nguengué, un lugar que los españoles llaman el Cabo Verde. En Nguengué hay agua por todos los costados. Yo fui el primero de mis hermanos que aprendió a nadar. Mi mamá me parió en el agua. Y me tiró a nadar a poco de nacido. Y como floté y sobreviví, iba a ser el rey cuando mi papá no quisiera decidir más los destinos de la tribu.

Es muy importante nadar bien en Nguengué, porque todos los caminos son de agua. El camino de la comida, el del refugio, el del amor, el de la vida y el de la muerte también, porque entonces las personas vuelven con *Caloé* al mar grande, donde no tienen más necesidades.

Juana escuchaba fascinada el relato de Umbapa. Su tierra debía de ser un lugar hermoso, una isla, llena de plantas tropicales y de cascadas. A su lado, Anselmo también escuchaba mientras trataba de encender un fuego poniendo ramas en

forma de pirámide, como le había visto hacer a Johann Manuel.

–Un día llegó un barco muy cerca de la playa. A veces venían navíos pesados del otro lado del mar. Sabíamos que no teníamos que acercarnos. Pero éste tenía una flor rara pintada en la panza. Te atraía. Yo estaba con mi tío, y los dos nos fuimos a ver de cerca. Unos marineros se nos aparecieron y mi tío recibió un balazo.

–¿Pero no vieron que estaban armados? –preguntó Anselmo.

–Vimos sus armas, pero no sabíamos qué eran. Ahora yo sé –dijo Umbapa, con odio–. Ellos me obligaron a mostrarles el camino de la tribu. Ahí nos llevaron y el que no quiso dejarse agarrar fue muerto.

–¿Y tus papás? –dijo Juana.

–Pudieron escaparse al corazón de la espesura.

El capitán del barco se llamaba Carvalho. Nos trataban mal. Cuando Carvalho tocó un puerto de Europa le dieron un regalo y él se alegró mucho. Era un líquido en pedazos de vidrio.

–La vacuna... –dijo Anselmo.

–¡Eligieron a los que éramos más jóvenes y nos tajearon para ponernos esa ponzoña en el cuerpo! Yo estuve enfermo mucho tiempo. Si no fuera por el grumete, un americano que me tuvo piedad y me atendió, yo hubiera terminado en el mar, muerto.

–¿Él te enseñó a hablar tan bien el castellano? –preguntó Juana.

Umbapa asintió. Trataba a Juana con deferencia, como si fuese una persona importante. Anselmo notó ese detalle. Al menos, a ella no había querido cortarle la carótida con ese cuchillo de hueso. Tiritó. Tenía mucho frío, pero le era imposible hacer el fuego con esas maderas mojadas.

–Sí –continuó Umbapa–. Pero eso no le valió a la hora de liberarnos. Después de que La Rosa del Río llegó a Montevideo, le dieron ese fluido al gobernador y me llevaron como un animal para que me estudiaran lo que me había hecho su vacuna. Pero yo me fingí débil y se descuidaron. Me dejaron sobre la cubierta, dándome por moribundo. Cuando volvimos a estar mar adentro, abrí la mazmorra y...

–Se amotinaron –dijo Anselmo–. ¿Mataron a Carvalho?

–No. Los más viejos no quisieron. Lo llevaron a Nguengué para juzgarlo. Hicieron balsas livianas y dejaron ese armatoste de barco vacío y varado.

–¿Y vos te volviste nadando? –quiso saber Juana.

–Sí –dijo Umbapa–. En Nguengué cubría aguas más largas.

Juana sonrió, admirada. Anselmo lo notó y se sintió molesto de repente.

–¡Nena! ¡Lo que hizo estuvo mal!

–¿No te das cuenta de que es un sobreviviente? –lo reprendió Juana–. Y además, tiene encima justo lo que vos necesitás para tu hermano: la vacuna.

Juana tenía razón. Umbapa, con la ampolla de su brazo, era el portador viviente de la vacuna de la viruela. Ahora tenían que llegar con él a Buenos Aires.

XIII

El trabuco de culata de marfil

Fueron a buscar a Venancio al antiguo campamento de las huestes secretas. El negro ya no estaba, pero unos troperos se ofrecieron a llevarlos a Colonia del Sacramento.

Desde antes de llegar, Anselmo percibió una ráfaga de entusiasmo que parecía extenderse por el aire. Unos golpes de tambor resonaban como truenos. Cuando pasaron a través de las murallas de la ciudad y alcanzaron la playa, Anselmo tuvo por fin la visión de las huestes secretas del Río de la Plata.

Eran personas comunes, como las que se veían todos los días en la calle. Más de mil. Criollos de las dos orillas, algunos catalanes, corsarios europeos, mestizos, negros. Había alguna gente uniformada, pero eran pocas. Los demás vestían sus ropas de trabajo. Había señores de noble cuna mezclados con marineros, artesanos, orilleros, estudiantes y pulperos. No tenían banderas ni armas relucientes, pero estaban juntos y querían luchar por la tierra.

Pero Umbapa desconfiaba de todo. No entendía qué estaban haciendo en el puerto de Colonia todas esas personas armadas y ansiosas. Juana trató de explicarle a su modo.

–A nadie le gusta que lo invadan. Por eso todos cruzan el río en secreto. Para caer sobre Buenos Aires y echar a los invasores.

–Hacen mucho ruido para andar en secreto –dijo Umbapa.

Después miró el trabuco que colgaba del cinto de Anselmo y lo señaló frunciendo la nariz.

–No me gusta eso. No voy a viajar con alguien que lo lleve encima.

Anselmo lo miró con bronca.

–Yo tengo que defenderme y defender a Juana. Casi nos matan en Perdriel.

–Para defenderla a ella, blanco, me basto con mis propias manos –lo desafió Umbapa, mostrándole los puños.

Anselmo tragó saliva, pero no se acobardó. En ese momento, no le importaba que el trabuco fuera inservible y encima estuviera descargado. No quería darle la razón a ese recién llegado, por más rey del mar que aparentara ser.

–Yo no voy a viajar sin el trabuco, bozalón.

–Basta, ya, que perdemos tiempo –terció Juana–. El trabuco ese no sirve, Umbapa. Lo lleva por gusto, nada más.

–¡Eso es mentira! –bramó Anselmo.

–Además –siguió ella–, en este momento los tres nos necesitamos. No podemos darnos el lujo de pelear.

El flujo de hombres que formaba las huestes secretas no se detenía. Algunos miraban a los tres chicos con curiosidad. Hacían un raro espectáculo: solos, Anselmo con su buena ropa maltratada y barrosa; Juana descalza, los pollerines chorreantes, y ese negro tan bien plantado, con aspecto de bozal pero hablando un castellano perfecto.

De entre el gentío emergió un joven alto, masticando semillas.

–¡Olima! ¡Tu expedición aumentó en número, tal parece!

Apenas Umbapa vio a Juan Madera, se tiró de cabeza al río. Desde allí espió al recién llegado, sin perder de vista la siniestra caja de instrumentos que llevaba bajo el brazo.

–¡Juan Madera! ¡Encontramos la vacuna! –exclamó Anselmo.

–¿Encontraron a Argerich?

El chico negó con la cabeza y señaló la silueta de Umbapa, nadando a flor de agua.

–¡Salí! –le gritó–. ¡Él es doctor y te va a sangrar la verrugota!

Umbapa se hundió totalmente. Juan Madera miró hacia el río con interés.

–¿Verrugota? ¿De qué están hablando?

Pero Umbapa no quería salir del río. Había tenido muy malas experiencias con los doctores blancos.

Juana lo intuyó. Se recogió los pollerines y se metió en el río hasta que el agua le dio en las rodillas. Estaba muy fría.

–Umbapa –llamó suavemente. La silueta negra se mantuvo flotando sin salir a la superficie.

–Vos estabas en Perdriel, ¿no? Allá, en la otra orilla... Vos tiraste la piedra redonda que me salvó del inglés...

La cabeza de Umbapa asomó sobre el agua. Estaba curioso.

–Era una piedra del fondo –insistió Juana–. Allá, en Buenos Aires... Sólo vos pudiste haberla tirado...

–No fui yo –dijo Umbapa.

Juan Madera escupió las semillas que estaba masticando. Había visto la tremenda ampolla que el muchacho negro tenía en el brazo. Sin dudar, dejó su fusil y su caja de doctor al cuidado de Anselmo y se metió en el río hasta la cintura. Desde allí le tendió una mano a Umbapa:

–No me tengas miedo. Yo no soy médico todavía –le dijo con una sonrisa.

Anselmo, desde la orilla, chasqueó la lengua, fastidiado. ¡Todos le estaban rogando a Umbapa como si fuera Carlos IV!

–¡Ya déjenlo! –gritó con rencor–. Vamos a encontrar la vacuna por otro lado.

Pero entonces, sorpresivamente, Umbapa salió del río. Trotó hasta la orilla y se sacudió como un perro joven salpicando intencionalmente a Anselmo.

–Está bien. Quiero ir a Buenos Aires –dijo simplemente.

Juan Madera y Juana sonrieron.

–¿Quieren que encienda un fuego? –dijo el aprendiz de médico–. Podemos secarnos las ropas antes de embarcarnos.

Anselmo miró cómo Juan Madera mantenía el fuego: enterrando los rescoldos. Eso le resultó muy raro. Pero todo era medio raro con Juan Madera: su atuendo, la forma de hablar que tenía, las semillas que masticaba... El joven aprendiz notó el interés que Anselmo ponía en su fogata, así que sonrió y le revolvió el pelo con la mano.

–Así hacen los indios. Es más fácil.

Juana dijo que sí con la cabeza. Estaban sentados en círculo, alrededor del resplandor de las brasas.

–¿Usted vivió con los indios? –quiso saber Anselmo.

–A veces los visito. Ellos saben muchas cosas. El poder de estas semillas, por ejemplo. Te serenan el ánimo... Son doctores milenarios, los indios.

Anselmo sonrió. Juan Madera sacó una pipa de la faltriquera y la encendió con una brasita. Umbapa miraba fascinado como echaba humo por la nariz.

–¿Por qué vino a Colonia? –preguntó Anselmo.

–La idea era unirnos a las huestes. El comandante Liniers nos consiguió mejores armas esta vez. Veo que a vos te pasó lo mismo –añadió el joven señalando con el mentón el trabuco de culata de marfil.

Umbapa resopló con tono de burla. Anselmo apretó los puños.

–¡No fue Liniers, Juan Madera! ¡Fue un hombre en el puerto! –dijo Juana tratando de terminar la cuestión. No quería que sus compañeros de viaje volvieran a pelearse por culpa de ese maldito trabuco...

Anselmo ignoró a Umbapa y se sentó derecho para que Juan Madera pudiera apreciar el grabado de los faisanes que tenía el arma.

Pero Juan Madera estaba mirando la ampolla de Umbapa. El muchacho de Nguengué lo notó y se tapó el brazo con la mano. Juan Madera le habló con voz suave, como si entendiera lo que estaba pensando:

–El que te hizo eso fue un desgraciado. No era doctor. No conocía la fuerza que puede tener el *cowpox* mal administrado...

–¿El qué? –dijo Anselmo. Pero Juana lo hizo callar dándole un codazo.

Umbapa se miró el verrugón tornasolado que le pendía del brazo como una bolsa de agua turbia.

–Ya no me duele –dijo en un murmullo–. En un tiempo quise sacármelo con mi cuchillo, pero *Caloé* no quiere que nos volvamos contra nuestro cuerpo.

–¿Qué es el *cowpox*? –insistió Anselmo.

Juan Madera fumó su pipa unos segundos. Después comenzó a explicarles con la misma voz pausada que había usado para dirigirse a Umbapa.

–El *cowpox* es la vacuna. Es un fluido lleno de unos agentes minúsculos que atacan el cuerpo del que los recibe. Bien dosificado, el *cowpox* no daña al cuerpo huésped, lo hace más fuerte para soportar la verdadera enfermedad y rechazarla si se presenta. El gran problema es cómo transportar ese fluido. Porque si no viaja dentro de un cuerpo vivo, se muere enseguida y queda inutilizado como vacuna. En vidrios aguanta poco. En animales es demasiado virulento, salvo en las...

–¡Entonces lo transportan en los negros! –lo interrumpió ferozmente Umbapa.

Juan Madera tragó el humo sin mirarlo a los ojos.

–Es verdad. Pero a veces el *cowpox* es muy fuerte, y produce efectos dañinos en los portadores.

–Yo vi morir gente de Nguengué cuando los sangraron con esto.

–De acuerdo –dijo Juan Madera–. Pero vos sobreviviste. Ahora tu ampolla es portadora de buen *cowpox*.

Umbapa volvió a inspeccionarse el antebrazo, como si lo viera por primera vez. Pero enseguida meneó la cabeza.

–Quisiera no tenerlo encima.

Juan Madera dio una chupada final a su pipa.

–Yo te la puedo extirpar cuando lleguemos a Buenos Aires.

–Pero antes tenés que darle parte del fluido a mi hermano –dijo Anselmo.

–¡Qué me importa tu hermano! ¡Quiero que me la saquen ahora!

–Ahora es peligroso –dijo Juan Madera, tirando los restos de tabaco sobre el rescoldo–. Vos pensalo –concluyó–. Por el momento, vamos a embarcarnos.

Casi todos los milicianos estaban inscriptos en una cuadrícula. En la chalupa mayor iba el comandante capitán de navío Liniers, que era el que dirigía la operación. Juan Madera tenía lugar en una de las barcas. Pero nadie quería hacerse cargo de los chicos.

La noche caía rápidamente sobre Colonia del Sacramento. Finalmente, un español viejo que merodeaba por el puerto aceptó cruzarlos a Buenos Aires. Se iluminaba con un farol a aceite.

Tenía un barco mediano que usaba para transportar mercaderías.

–Está en juego la patria –les dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Juan Madera lo miró con desconfianza. Pero no había otra solución. Había que llegar a Buenos Aires lo antes posible.

Antes de sumarse a su flotilla de milicianos, el aprendiz de médico tomó a Anselmo del brazo y le habló aparte de los otros.

–No hables mucho con el viejo. Es un godo muy mañero, me parece.

Después le guiñó un ojo y prometió reencontrarlos en las Conchas:

–Seguro que ahí vas a ver a tu padre.

Anselmo protegió su trabuco envolviéndolo en su abrigo de pana. Los tres chicos subieron a la pequeña embarcación del español. El hombre les indicó una toldilla hecha con una lona raída, armada de cualquier modo sobre la cubierta.

–Descansen aquí sus mercedes –les dijo con una leve ironía.

Anselmo se sentó sin ceremonia. Juana lo imitó, pero Umbapa se quedó de pie, mirando por la borda.

El godo ató las velas al mástil, dejando sólo el foque mayor para salir del puerto. A pesar de estar ocupado con las jarcias, no se perdía detalle de la conversación de los muchachos.

–¿Qué horas serán? –suspiró Juana.

Anselmo sacó su reloj con cadena del chaleco.

–Las ocho de la noche.

–Con suerte, mañana por la mañana estaremos en Las Conchas, Anselmo Olima. Tu padre debe de estar preocupado.

–Y tu abuela también.

–Ahora tengo hambre –dijo Juana tomándose el estómago.

–¿Quieren un poco de queso? –dijo amablemente el viejo, interrumpiéndolos. Tenía una sonrisa de dientes amarillos.

–Claro –dijo Anselmo.

El godo le mostró una horma de queso de cabra.

–Son doce reales.

Anselmo se enojó.

–¡Doce reales! ¡No tenemos ni un cuarto encima!

El godo le señaló el reloj.

–¿Y qué me dice de esa cadena de oro que le cuelga del chaleco?

–¡Es el reloj de mi padre! ¡Vale como doscientos pesos!

El viejo godo sonrió encantadoramente, escondiendo la horma tras su espalda huesuda.

–En el medio del río, en la cubierta de *mi* barco, vale un queso de cabra tu reloj, rapaz.

Anselmo miró al viejo con bronca. Juana lo tomó del brazo.

–No se lo entregues, Anselmo. Que se guarde su queso donde no le dé el sol.

Pero Anselmo se sacó la cadena y le ofreció el reloj con los labios fruncidos.

–Ya está. Así no me puede quitar más nada.

–Un rapaz inteligente –dijo el godo dándoles el queso.

Se levantó viento. Una sudestada terrible amontonaba las nubes para una nueva tormenta. Cuando se hizo de noche, la chalupa del godo apagó todas sus luces. Estaban de nuevo a oscuras en medio del Río de la Plata. Anselmo acomodó unos fardos de lino bajo la toldilla. Había muchas cosas en ese barco tan chico. Porcelanas inglesas, rollos de tela de seda, cuchillos y vasos de hojalata de manufactura europea. No había que tener un oráculo para darse cuenta de que el godo aquel era un contrabandista de primera agua.

Tratando de hacer espacio entre tanto cachivache, le hizo un lugar a Juana y a Umbapa, pero el muchacho de Cabo Verde no aceptó el convite.

–Yo duermo donde quiero, blanco. Vos no me vas a mandar.

Anselmo se cansó. Estaba aterido, molesto y sucio, se tomaba el trabajo de despejar la toldilla para que ese idiota descansara ¡y encima el muy ladino le despreciaba el esfuerzo!

–¡No te quiero mandar! –estalló–. ¡Quería que estuvieras cómodo!

–¿Para qué? ¿Para que no se arruine la vacuna de tu hermano? –dijo Umbapa con los ojos brillantes de bronca.

Anselmo rechinó los dientes.

–¡Por mí tirate de cabeza al río, negro! Yo voy a saber conseguir el remedio por otro lado.

–¿Vas a matar ingleses con ese trabuco de juguete que te cuelga de los calzones?

Anselmo se enfureció, acercándose violentamente a Umbapa. El negro le dedicó una sonrisa burlona, mostrándole su cuchillo de hueso.

–¡Basta! –gritó Juana.

Envuelta en su poncho, parecía una digna jefa india. Los chicos la miraron y detuvieron sus movimientos. Anselmo todavía tenía ganas de darle un buen tortazo a Umbapa, pero recordó a tiempo la fuerza que el muchacho había demostrado en las orillas del río. Umbapa notó su vacilación: se le rió en las narices y se tendió lo más lejos que pudo de él, sobre los duros tablones de la cubierta.

Juana suspiró y se acomodó bajo la toldilla, tapándose con el poncho.

Anselmo la imitó, pero no podía dormir. Sentía el estómago revuelto. El queso que habían cenado le había caído mal. ¡Para colmo tenía que soportar a este infatuado de bozalón que se creía el rey del mar!

Trató de disponer mejor el atado de lino para descansar un poco la dolorida cabeza. Ese día en Colonia había sido agotador.

Pronto se escucharon tenues ronquidos.

–Es Umbapa, que duerme... –susurró Juana en la oscuridad–. ¿Qué opinás de él, Anselmo Olima?

–¡Es un presumido, un vano y un mal gestado! –dijo Anselmo con pasión.

–Veo que no se toleran demasiado. Pero yo creo que es muy inteligente. Habla el idioma mejor que nosotros... ¿Por qué habrá aceptado venir a Buenos Aires?

–No sé. Seguro que porque vos le caés bien.

Juana se sonrió. Anselmo se incorporó para tratar de distinguirle la cara.

–¡Estás como un pavo real, nena!

–No te enojes. Yo le dije la verdad. Allá en Perdriel, y después, en La Rosa del Río, encontré unas piedras redondas, como del fondo del mar. Yo creía que Umbapa las había usado. Pero ahora...

Se calló. El ronquido de Umbapa, allá en la cubierta, no sonaba más. Anselmo se levantó para ver dónde estaba el muchacho, y lo distinguió en la otra punta del barco, a unos quince pasos, mirando el negro horizonte de agua que había tras la borda. Tenía un gesto melancólico y vulnerable. Pero enseguida intuyó que estaba siendo observado, así que miró hacia la toldilla y gritó desde donde estaba:

–¿Qué mirás, capón?

Anselmo bullía de rabia. Iba a contestar, cuando sintió las manos de Juana que lo tomaban del brazo.

–Shhh, dejalo –le dijo, hablándole al oído–. Te decía que creía que Umbapa estaba en Perdriel, pero ahora creo... Creo que hay otros más como Umbapa. Como náyades. Por todo el río.

–Estás loca, Juana –dijo Anselmo, zafándose de su brazo.

–Creo que por eso quiere venir a Buenos Aires. Para ver a los suyos.

El amanecer los encontró en las márgenes opuestas del río.

El viejo contrabandista los detuvo en la tabla, antes de que bajaran.

–A cada brasa, su sardina. Yo los he traído hasta aquí, con la gracia de San Pedro Telmo...

–Sí, se lo agradecemos mucho... –dijo Anselmo, sarcástico.

–No agradezcas tanto, rapaz. Más bien, dame algo de valor para financiar el gasto en que me he metido por vosotros.

–¡No tenemos más nada! –se quejó Juana. Estaba indignada contra ese usurero.

–¿Cómo que no? –dijo el contrabandista tomando a Umbapa de la muñeca, por sorpresa–. Tenéis a vuestro esclavo. Es bien formado, tiene

todos los dientes. Vale dos buenas onzas por lo menos.

Umbapa se retorció tratando de liberarse. Pero el español era mañoso, como le había advertido Juan Madera a Anselmo. Le dio al negro un golpe brutal en el oído, con el canto de la mano, un golpe sabio que lo dejó aturdido. Anselmo pudo ver cómo a Umbapa se le doblaban las rodillas, y sintió una maligna satisfacción. ¡Por fin alguien había puesto al bozalón en su lugar!

Entonces descubrió los ojos del muchacho, llenos de dolor y odio, pero también llenos de desencanto, de pura desesperación.

Si bien Anselmo no lo soportaba, nunca lo había considerado una mercancía. ¡Daban ganas de pegarle una patada, no de venderlo como a un atado de cigarros! Así que sin pensarlo, Anselmo se sacó el trabuco del cinto y lo blandió firmemente.

–Ya estuvo bien la broma –le dijo al godo–. Ahora dejalo, que mi padre me va a matar si lo malvendo.

Juana contemplaba la escena desorbitada. ¿Qué quería hacer Anselmo? ¿Amenazar al godo con esa chatarra?

Pero Anselmo dio vuelta el arma y se la tendió al viejo:

–Tomá esto en pago. Está oxidada, pero la culata vale más que todo tu barco mugriento.

El godo largó una risotada y tomó vorazmente el trabuco. Lo examinó, ante la paciente mirada de Anselmo, y constató que el marfil fuera legítimo. Satisfecho, soltó a Umbapa dándole un empujón. Anselmo lo agarró del brazo, firmemente, porque el chico estaba mareado por el golpe. Juana estaba realmente azorada, pero tuvo presencia para hacerle una fría reverencia al español y darle la espalda, escoltando a Anselmo y a Umbapa.

Apenas tocaron la tierra de Buenos Aires salieron corriendo sin mirar atrás. Una lluvia tupida empezó a caer. Umbapa sentía que el alma le había vuelto al cuerpo. Contempló a Anselmo con otros ojos. Ya no le parecía el blanco mimado y cobardón de la víspera. El corazón le desbordó de alivio y gratitud, hasta que los ojos le brillaron. Pero nadie dijo una palabra.

XIV

Sudestada

El camino a Buenos Aires se había borrado por la tormenta. La sudestada estaba siendo impiadosa con las huestes secretas convocadas por Liniers. El canoso comandante se paseaba bajo la lluvia, entre sus milicianos, vestido con un capote, maldiciendo en voz baja. ¿Y si los ingleses aprovechaban para venir a sorprenderlos en San Isidro sin estar preparados, como le había sucedido a Pueyrredón en Perdriel?

Juan Madera fumaba en silencio, mirando el nervioso paseo de Liniers desde su tienda de campaña. El joven estaba tranquilo con respecto a los ingleses. Sabía que nadie podía aventurarse a mover una tropa en medio de semejante diluvio. Los cañones se les clavarían en el barro. Los caballos y las carretas se empantanarían en terribles lodazales. Lo que lo tenía a la vez inquieto y molesto era el tema de los chicos que había dejado en la playa de Colonia, hacía ya tres días. No los había vuelto a ver.

La tienda de campaña de Juan Madera era estrecha. El doctor Argerich entró sacudiéndose el agua de los hombros. Era un hombre delgado, con entradas, manos blancas y un general aspecto de recién llegado a la guerra que no le restaba dignidad. Juan Madera se levantó y le hizo una reverencia.

–Quedate sentado, Juan. Hoy no hay más que hacer que estarse mano sobre mano –dijo Argerich.

Juan Madera volvió a sentarse sobre una calavera de vaca que había encontrado en el camino.

–¿Y don Olima?

–Ah, hijo. Ese sí que no puede estarse quieto. Salió con sus negros a dar otra batida por el campamento.

–Yo le dije que no estuviera tan preocupado. Su hijo me dio muestras de saber cuidarse solo.

–Sí, pero también yo soy padre, y entiendo lo que debe estar sufriendo.

Juan Madera volcó el tabaco de su pipa en el suelo y lo pisó con su fuerte bota, nervioso.

–Yo tendría que habérmelos traído conmigo.

–Son tres chicos, no tres matambres. No tenías lugar. ¡Ea! Juan, no te sientas culpable. Por lo menos avisaste el posible caso de viruela que había en Buenos Aires. A estas horas, con la vacuna que le mandé con el correo, Gerardo Olima debe estar recuperado. Por suerte me quedaba esa muestra...

Chumbaron unos perros. La lona de la tienda se movió y asomó la cabeza de un indio.

–¡Doctor!

Argerich le hizo un gesto con la cabeza, invitándolo a pasar.

–Hablando del correo...

El indio caminó unos pasos, rengueando. Su poncho de lana cruda chorreaba agua. Era magro y fibroso. Juan Madera sacó una petaca de caña y se la pasó en silencio.

–¿Cómo está Buenos Aires, Ñato? –preguntó el doctor Argerich.

El indio tomó un largo trago de la petaca antes de contestar.

–Los ingleses obligaron a sus mujeres y a sus criados a irse. Ellas cargaron todo lo que encontraron de valor y se mandaron a mudar a sus barcos.

El doctor Argerich sonrió ferozmente.

–Se están yendo. ¡Saben que van a perder!

–Igual quedaron las tropas del 71, doctor. Armados hasta el caracú. Se acuartelaron en la Recova, en el Colegio y en el Fuerte. No dejan que nadie salga ni entre de la ciudad. A mí me dispararon apenas me dejé ver en la plaza.

El doctor y el aprendiz se miraron.

–¿Estás herido, Ñato?

Por toda respuesta, el indio se arremangó el chiripá, mostrando un agujerito coronado de sangre seca en la pantorrilla.

–Creo que fue una bala –dijo escuetamente.

Juan Madera le cedió la testa de vaca para que el indio se sentara. Enseguida, abrió su caja de doctor y sacó su cuchillo fino y un frasco de vinagre. Argerich le habló con una mezcla de orgullo y contrariedad.

–No gastes el vinagre así, muchacho. No hace falta.

–Déjeme hacer, doctor. Yo creo que los humores del pasmo se pueden contagiar por los instrumentos.

–Vos y tus ideas... En fin, dejame que te ayude.

El doctor Argerich se puso unos lentes y se agachó para ver la herida, palangana en mano. El Ñato aprovechó que lo tenía cerca y lo tomó del hombro:

–Doctor... No le pude cumplir el encargo, allá en la ciudad. El vidrio ése, el que me dio para que llevara a la casa de los Olima... Se me rompió cuando me caí de la yegua.

Juan Madera casi tiró el bisturí. Por suerte tenía el pulso firme. Terminó la operación extrayendo una bala de plomo que tiró en la palangana que le ofrecía Argerich. Después lavó la herida con vinagre y la vendó con una tira de lienzo. El Ñato se las aguantó sin queja. Un par de sorbos al porrón de caña fue la única señal de que lo que le estaban haciendo le dolía.

Apenas terminó con su trabajo, Juan Madera se preparó para salir.

El doctor Argerich meneó la cabeza. Conocía muy bien a Juan Madera, porque era su discípulo preferido. Sabía sin preguntarle a dónde iba a ir: a buscar al chico de los Olima, para encontrar el *cowpox* que Umbapa tenía en el brazo.

–Juan Madera –llamó el Ñato–. Parecía tener confianza con él, porque lo llamaba por el nombre.

El aprendiz de doctor se estaba atando un pañuelo al cuello. Interrogó al indio con la mirada.

–Llevate mi tordillo. Está acostumbrado a las sudestadas.

Juan Madera hizo una sonrisa breve. Argerich le preparó la caja con instrumentos médicos, y agregó un pistolón cargado.

–Cuidate. No te acerques mucho al río. Levanta con la lluvia.

Pero Juan Madera tenía pensado exactamente lo contrario.

XV

Los isleros

Apenas caminaron unos pasos los tres viajeros se dieron cuenta de que no podían ir más lejos. El barro de la costa parecía jabón, y la lluvia no daba señales de querer terminar.

–¡Estamos lejos de Las Conchas! –gritó Juana. El viento huracanado de la sudestada se llevó sus palabras.

Anselmo la tomó de un brazo y Umbapa del otro. Caminaron enlazados, trabajosamente, hasta que divisaron una especie de choza de madera, alta, montada sobre cuatro pilotes. Una escalera de sogas conducía a la puerta.

Sin pensarlo corrieron a refugiarse. Umbapa trepó primero por la escalera, ágilmente, como un coatí. Pateó la puerta y desapareció en el interior de la vivienda, sin permiso. Anselmo, que venía atrás, se lo llevó por delante cuando entró. El moreno se había detenido bruscamente. Dentro de la choza había una mujer desgreñada y furiosa que los tenía encañonados con un fusil inglés.

Juana asomó tras el hombro de Anselmo. Los tres chicos empapados y la mujer se estudiaron en silencio. Al fin Anselmo levantó las manos con prudencia y se acercó un paso.

–Venimos en paz, señora...

La mujer le apuntó a la cabeza. Anselmo y Juana miraron el fusil con atención. ¿Dónde lo habría conseguido esa mujer?

–Señora –suplicó Juana–. Venimos de la Colonia con las huestes secretas.

–Entramos así porque estamos perdidos y la lluvia es terrible... Pero si molestamos nos vamos...

En esos momentos un hombre de poblado bigote, con la camisa estropeada y un sombrero de alas anchas que chorreaba por los bordes, apareció en la entrada.

–¡Roberta! ¿Qué pasa? ¿Quiénes son estos chicos?

–Espías –dijo ella, con los labios contraídos.

El hombre llegó hasta la mujer y le hizo bajar el arma, dándole un beso en la mejilla:

–¡Aflojá, Roberta! ¡No ves que son porteños!

–¡Ja! Porteños –dijo ella, desdeñosa–. Hay muchos porteños vendidos a los ingleses.

–Nosotros queremos llegar a Buenos Aires para echarlos –dijo Juana.

La mujer la miró con detenimiento. Era joven todavía, de unos treinta años, el pelo negro alborotado y sucio.

Suspiró, dejó apoyado el fusil contra la pared del rancho y abrió una bolsa de cuero que tenía maderas secas.

–Podemos matear tupido mientras aclara –dijo. Con gesto cortés los invitó a tomar asiento en el piso.

Anselmo y Juana estaban confundidos. Un minuto antes, esta tal Roberta había querido volarles la tapa de los sesos, ¡y ahora los estaba convidando como si se encontraran en la mejor tertulia de Buenos Aires! Pero Umbapa se sentó sin más vacilaciones. Al parecer se sentía cómodo, porque aceptaba todo sin hacer preguntas.

El hombre del bigote, Nicanor, colgó el sombrero en un clavo que había en la pared, y se puso una camisa seca.

Enseguida comenzó a preparar las maderas en el medio del rancho. Anselmo se acercó tímidamente y dispuso las mejores en forma de pirámide.

–Así arden mejor...

Nicanor asintió con aprobación, mientras agregaba una palada de bosta seca a la futura fogata. Anselmo no se reponía de la sorpresa.

–¿Vas a hacer fuego con caca?

Juana contemplaba los preparativos de la fogata con el rabillo del ojo, pero no dijo nada. En cambio, se dirigió a la mujer, que estaba poniendo pedazos de galleta en un paño.

–¿Dónde consiguió ese fusil, señora?

Ella no contestó, pero se puso a martillar las galletas con un palo, a fin de partirlas. El hombre contestó por ella, mientras hacía girar una varita de sauce entre las palmas de sus manos:

–Hace unos días anduvieron unos ingleses, disfrazados de paisanos. Querían pescar noticias, saber dónde se estaba armando la hueste secreta.

Roberta se acercó a sus invitados, repartiendo los fragmentos de la dura galleta. Umbapa tomó un pedazo grande y se puso a mascarlo sin perderse detalle de la conversación.

El hombre seguía friccionando la varilla de sauce. Anselmo notó sorprendido que la punta que estaba contra la pirámide de maderas empezaba a hacer humo.

–Yo había salido a pescar y Roberta estaba sola. Uno de estos soldados quiso pasarse de vivo y entró a la casa sin avisar...

Roberta sacó un poco de agua de un barril de madera mientras terminaba ella misma el relato:

–Lo único que quedó de él fue ese fusil... Quizás en el otro mundo aprenda a tocar la puerta...

Los chicos tragaron saliva. Era brava, Roberta. Umbapa cortó la tensa situación mirando a la mujer a los ojos.

–Con usted se aprenden sí o sí buenos modales... –dijo.

El fuego de la varilla prendió sobre la leña. Y Nicanor acomodó la caldera para calentar el agua.

Nicanor y Roberta eran orilleros del estuario. Conocían las respiraciones del río. Su casa estaba hecha sobre pilotes para que las crecidas no la inundaran.

Roberta contó que antes vivían en las islas que había pasando Las Conchas, pero que la sudestada del 800 los había dejado sin nada.

Ahora vivían sobre el camino de San Fernando. Eran duros porque peleaban cuerpo a cuerpo con la naturaleza, pero no habían tenido reparos en compartir su rancho y sus pobres cosas con tres desconocidos.

Anselmo meditaba en silencio, mirando el fuego. Un humo dulce invadía toda la estancia, pero eso no molestaba al chico de los Olima. No tenía olor fuerte. Más bien parecía que estaban quemando pastos secos.

Anselmo pensaba en su hermano Gerardo, en los días de camino que le faltaban para llegar a Buenos Aires, con esta lluvia de sudestada que no terminaba más. También pensaba en la Pancha. Eso lo llevó a mirar a Umbapa, que estaba tejiendo una especie de cuerda con hilachas de mangle. Había estado toda la tarde haciendo eso, y por lo menos unos ocho metros de cuerda se enrollaban en el piso. Ahora la noche cerrada apretaba el rancho de Roberta y Nicanor, pero Umbapa no aflojaba en su tarea.

–Podrías ayudar, inútil –dijo, mirándolo con ojos divertidos, que desmentían la agresividad de la frase.

No habían hablado del episodio de la chalupa y el godo contrabandista, pero Anselmo percibía que las actitudes de Umbapa para con él habían perdido mucho de su enojo.

Juana estaba sentada con las piernas cruzadas, contra la pared. No se perdía detalle de las manos de Umbapa. Cuando el moreno estaba por terminar una tanda de mangles, ella le cortaba una nueva, alisando los bordes de las hojas para que él tuviera menos trabajo.

Anselmo se sintió de pronto muy vacío. Todos los años de su infancia, en la casa grande de los Olima, le parecían un sueño feliz pero falso. Las únicas veces que había salido a la calle habían sido para el cumpleaños del rey, o para alguna misa, o para ir al Colegio... No tenía amigos. Toda la gente que conocía eran los estirados socios de su padre, con sus levitas almidonadas y sus pelucas. Anselmo había creído que eso era Buenos Aires. Las reuniones de su padre con los comerciantes. Las damas empolvadas tras sus abanicos y sus mantillas. Las vacaciones en la quinta con Gerardo, donde se paseaban sin hablar con los aburridos hijos de los miembros de la Real Audiencia...

Anselmo nunca se había imaginado que en Buenos Aires también pudieran vivir gentes como Juana,

como Juan Madera, como Lorenzo López, o como estos isleños que le daban cobijo. Esta gente era pasada por alto en la Buenos Aires de antes de las invasiones.

Anselmo estaba aturdido y anhelante. Deseó con todas sus fuerzas que su ciudad fuera reconquistada. Deseó reconquistar la ciudad, pero para que fuera otra. Que fuera para todos.

–Quedaste bizco mirando el fuego, Anselmo Olima...

Juana lo señaló y se le rió en la cara. Anselmo se despabiló.

–Tenemos que llegar cuanto antes.

–Sí, esa es la idea, pero no veo cómo vamos a hacer con semejante lluvia –dijo Juana.

–*Caloé* señala los caminos del agua –dijo Umbapa enigmáticamente.

Anselmo y Juana lo observaron expectantes.

–No tenemos que ir en contra del agua sino con ella. Así vamos a llegar más rápido.

–¿Caminando, bajo la lluvia?

–No –Umbapa se irguió tensando la cuerda que había estado tejiendo–. Por el río. Bogando. Podemos hacer una balsa como las de Nguengué. Y cuando el agua arrecie, hacernos agua. Nadar.

XVI

Coracora

Tardaron un par de días en fabricar una balsa ligera. Nicanor los ayudó hachando un álamo joven bajo la lluvia, para construir el armazón.

Umbapa dirigía las obras. El negro trataba de hacerse entender con dibujos sobre la tierra pisada del rancho. La embarcación tenía que parecerse a una sopera, con tapa y todo.

–¿Ven? ¡*Coracora*! –insistía Umbapa.

Finalmente, todos comprendieron el sentido de sus planos. Aseguraron las maderas con la cuerda que el muchacho había tejido y cubrieron el armazón con cueros de vacas. Nicanor, con asistencia de Anselmo, talló unos largos remos con palas curvas. Al segundo día, el 7 de agosto de 1806, la lluvia cedió un poco, dándoles la oportunidad de botar la extraña embarcación, que más parecía una botija de vino, sosteniéndola con tientos para que el río no se la llevase.

–¿Están seguros de querer hacer esto? –preguntaba Roberta.

Umbapa estaba conforme.

–Por más que el agua nos tumbe, siempre vamos a tener el fondo en donde se debe –dijo, seguro.

Juana estaba aterrorizada. Por un lado, no quería viajar en el cacharro. Por otro, el temple que veía en Anselmo la paralizaba. ¿Ese era su compañero de viaje, el que le tenía miedo hasta a los terneritos? Anselmo miraba la embarcación con los labios sellados, pero con ojos de confianza.

El 8 de agosto escampó. Toda el agua que había inundado la playa comenzó a retirarse lentamente.

–Ahora es el momento –dijo Umbapa–. El agua vuelve al mar, y nosotros sólo tenemos que volver con ella.

–Claro, pero hay que avisarle que nos deje en Buenos Aires –contestó Anselmo.

Los isleños se quedaron en la orilla viendo como los tres se metían adentro de la nave. Roberta les dio provisiones y Nicanor les deseó buena suerte. Umbapa cortó las amarras y la *coracora* salió disparada sobre la corriente revuelta. El chillido de Juana y el rumor de los truenos fue lo último que la familia pudo escuchar de ellos.

Mientras tanto, Juan Madera había pasado tres días cabalgando bajo la tormenta, revisando palmo a palmo la orilla del río. Hacía noche bajo los sauces, porque la lluvia le apagaba todos los faroles.

Juan Madera tenía una poderosa razón para ir siguiendo el curso del agua. Había visto a Umbapa y sabía que el muchacho no se iba a alejar del río. Si llegaban a Buenos Aires, iba a ser por caminos extraviados, siguiendo la corriente. Por supuesto, la imaginación no le dio para conjeturar que el trío iba a intentar remontar la crecida en una balsa redonda, pero tampoco se equivocaba demasiado al buscarlos en esa dirección.

El día 7, en pleno monte, estuvo a punto de que se lo llevara la corriente de un arroyo. Clavó las puntas de las botas en los ijares del caballo del Ñato. No tenía espuelas. Sabía que el animal no podría soportarlas. Apenas si se dejaba poner el apero. Los indios de la pampa, como el Ñato, montaban en pelo. Por suerte, el tordillo entendió enseguida y salió del cauce chapoteando.

A la altura de las Chacaritas lo abandonó la suerte. No se veía el camino, y el tordillo se mancó en una vizcachera. Juan Madera aterrizó de bruces en medio del barro. Se levantó tomándose la cabeza. El caballo se levantó y se alejó a paso lento, rengueando. Juan Madera no se animó a seguirlo. No tenía fuerzas para sacrificarlo.

Empezó a buscar la caja con sus instrumentos, pero no los encontraba por ningún lado. A pesar de ser como las tres de la tarde el clima hacía que el monte pareciera bajo una noche cerrada. Finalmente rescató el bisturí y una cajita

de sierras. Se ajustó el pistolón al cinto, suspiró y empezó a caminar.

A las cinco de la tarde, calado hasta la médula, encontró la garita de la intendencia, una cabaña astrosa en donde unos viejos flacos mateaban en silencio. Lo dejaron llegar hasta la puerta sorprendidos, como si en lugar de ver a un hombre estuvieran viendo el fantasma de un ahogado.

Juan Madera les contó que era una avanzada de las huestes de Liniers. Y los viejos soldados, porque eran antiguos soldados del ejército del Fijo, se le rieron en la cara.

–¡Una avanzada de uno!

Juan Madera se acomodó bajo el alero de la intendencia, sonrió y aceptó un mate amargo. Era la primera bebida caliente que probaba en tres días.

–Soy aprendiz de doctor –explicó–. Hay un posible caso de viruela en Buenos Aires, y tengo que llegar rápido.

Los viejos se quedaron serios.

–Qué alboroto fiero por allá. Dicen que los ingleses andan como locos.

–Hablan de saquear el pueblo.

Juan Madera pensó un momento.

–¿No vieron a un muchacho de unos doce años, bien vestido, con un trabuco de culata de marfil? Viaja con una lechera y un negro bozal.

Los ex soldados del Fijo volvieron a reírse.

–¡Vaya mozo! ¡No llevan un mono, también!

Juan Madera estornudó con cierto fastidio.

–No. Llevan el *cowpox*. El remedio para la viruela.

El soldado más viejo hizo sonar la bombilla.

–Voy a ensillar el parejero, amigo. Lo voy a acercar hasta el Retiro. Ya no va a llover más. Me lo dicen los huesos.

"La navegación en la *coracora* sería más soportable si no tuviéramos estómagos", pensó Anselmo antes de devolver por enésima vez desde la boca de la nave. Juana estaba blanca, hecha un ovillo en el fondo de la embarcación. El único que parecía a sus anchas era Umbapa. Tenía temple para remar, para asomarse y mirar por la borda. Cuando la balsa parecía querer salirse de cauce, el muchacho se tiraba al agua y enderezaba una especie de timón que la *coracora* tenía bajo la superficie.

Anselmo y Juana lo veían como una sombra negra, nadando grácilmente por entre la borrasca.

–Mi abuela tenía razón, después de todo... –dijo Juana, con los labios descoloridos–. Las náyades existen.

Umbapa enderezaba la nave y volvía a dejarse caer adentro. La *coracora* se balanceaba mucho entonces, y parecía que iba a zozobrar, pero como el piso no era fijo se equilibraba enseguida.

Anselmo no se sentía bien. La cabeza le pesaba y tenía frío todo el tiempo. El momento más difícil lo había pasado cuando dejaron atrás el río del Luján para entrar en el gran estuario del Río de la Plata. Las olas eran tan grandes que parecían de mar. Los chicos tuvieron que cerrar la tapa de la *coracora* para que el agua no los hundiera. Pero la lluvia se había ido, y la travesía se fue haciendo más tranquila a medida que la sudestada iba cediendo, llevándolos con ella.

La mañana del 9 de agosto amaneció gélida y brumosa. Anselmo estaba congelándose. Buscó el calor de Juana y ella lo dejó arrimarse, somnolienta. Estaba a punto de quedarse dormido sobre su hombro, cuando la *coracora* salió planeando por el aire. Un segundo después, un cimbronazo: una ebullición helada inundó cada rincón y segó todos los sonidos.

Anselmo se encontró bajo el agua. Movió desesperadamente manos y pies, sin saber dónde estaba el fondo y dónde la superficie. Distinguió unas sombras rocosas, y comprendió, mientras se le achicaba el corazón: "¡Toscas! ¡Nos dio una tosca!"

El próximo que podía estrellarse contra unas de esas piedras afiladas podría ser él mismo. Trató de nadar hacia arriba, sin método, pero la corriente lo zarandeaba como quería.

Entonces sintió una mano firme en el hombro. Era Umbapa. Lo tironeaba hacia abajo. Anselmo se desesperó. "¡Me quiere matar, vamos a morir!" Trató de resistirse, pero el negro lo zamarreó y lo tiró para abajo con más fuerza. Anselmo gimió para sus adentros y se dejó hacer, para descubrir asombrado que unos pies más abajo el agua se mantenía calma.

Se veía el fondo barroso del río, sus plantas grises y ciegas.

Umbapa le apretó el hombro y empezó a nadar parejo, sin desesperación, y sobre todo, volviéndose a cada rato para ver si Anselmo lo seguía. Éste comprendió y trató de relajarse, de perder el miedo. Nadó como pudo atrás de su compañero. Cuando los pulmones le iban a estallar, sintió un nuevo apretón, y empezaron a nadar para arriba. Salieron a la superficie en medio de una red de camalotes.

Umbapa le estaba gritando algo en *caloé*. Anselmo no le entendía nada, pero por el gesto comprendió que tenían poco tiempo. Respiró hondo y volvió a hundirse, justo para evitar que una serpiente acuática lo enlazara por el cuello. Por suerte para él, jamás la vio.

Nadaron un poco más, hasta que Umbapa volvió a salir, esta vez muy cerca de la orilla. Patinaron en el barro, dejando atrás el río hasta alcanzar la playa.

El sol estaba lejano y distante, sin fuerzas para entibiarlos un poco.

Tiritando de susto y de frío, Anselmo se volteó hasta quedar de espaldas. Respiraba el aire en bocanadas rápidas, con miedo a que le faltara de nuevo. ¡Qué experiencia! Le dolían las costillas por los golpes que el corazón le daba en el pecho.

¡Se habían salvado! Todo estaba bien, pero...

–¡Juana! –recordó.

Se sentó en el barro, mirando aturdido para todos lados.

Sólo vio la playa desnuda y el horizonte de agua que arrastraba ramas, movido por el viento.

XVII

De Juana y de Juan

Cuando la *coracora* se estrelló contra las toscas, Juana no tuvo tiempo de salir de la embarcación. Se hundió con ella hasta que con las fuerzas de la desesperación, pudo escaparse por la abertura que habían hecho las piedras. Nadó hasta sacar la cabeza a la superficie, pero la resaca no la dejaba imprimirle dirección a sus brazadas. Una masa de agua le golpeó el nacimiento de la nuca y la joven lechera perdió el sentido.

Su cuerpo estuvo flotando a la deriva hasta que tocó la orilla, cerca de la plaza del Retiro. Si bien la playa estaba en el monte de la campaña, la plaza de toros, con su discurrir ciudadano, estaba insospechadamente cerca.

Algunas gaviotas que vivían de los restos de comida que se tiraban en el mercado, se posaron cerca de la muchacha y le dieron unos picotazos suaves en el pelo. Pero Juana no se movió. Tenía los ojos cerrados y la carita blanca.

Unos perros sin dueño, cimarrones, bajaron al río para tomar agua, mezclados con algún ganado montaraz. Los perros eran atrevidos y voraces. Inundaban Buenos Aires como una plaga, y de tanto en tanto se tenían horrendas noticias de chicos, vagabundos o borrachos agredidos por las jaurías. Todo lo que encontraban era atacado por sus dentelladas hambrientas.

El perro líder descubrió la figurita de la lechera extendida en el barro. Lanzó un aullido y atrajo con él al resto. Enseguida rodearon a Juana, desnudando los dientes y levantando los pelos del torso.

Más vacas pesadas, sucias de lodo y pasto, se acercaban a beber, indiferentes al horrible drama que estaba a punto de suceder.

El perro líder se relamió frente a esta presa que el río le había regalado. Tironeó con los dientes el borde del remendado pollerín de Juana. Y salió despedido por el aire. Unos cuernos recortados lo hicieron volar lejos. Unas pezuñas marrones dispersaron al resto de la jauría a pisotones.

Juana seguía como dormida, ajena a todo.

Esa misma mañana, Juan Madera llegó por tierra hasta la plaza del Retiro. Antes de volverse a su puesto, el viejo soldado del Fijo que lo había traído a caballo le dejó un cuerno de pólvora seca para que se defendiera, porque la de su pistolón estaba tan mojada que tenía hongos.

Juan Madera recargó su arma. La lluvia había cesado, por fin. En la plaza de toros no había nadie. Parecía domingo, porque nadie se había encargado de abrir los puestos de comida, ni había carretas con carne, ni gente faenando, ni negros buscando achuras...

Tampoco se veía ningún inglés.

Juan Madera se sentía cansado. Le dolían todos los huesos. "Hacía mucho que no hacía ejercicio", pensó, con una sombra de buen humor.

Caminó despacio hasta la orilla del río. Había algunas esclavas lavando apresuradamente. El agua estaba barrosa, pero al menos se había calmado bastante.

–¡Rápido, negras, antes de que se largue de nuevo! –arengaba la esclava más vieja.

Algunas vacas salvajes venían a tomar agua. También algunos perros cimarrones. Las negras chicas alejaban a los animales con un palo, a fin de que no enturbiasen más el agua del lavado.

Las esclavas más osadas miraron a Juan Madera agitando las pestañas:

–¿Qué se le perdió, niño?

–Un chico, una lechera y un bozalón –dijo el aprendiz de doctor.

Las negras estallaron en risas, como si Juan Madera les estuviera gastando una broma. La linda esclava que le había hablado le tendió un lebrillo con leche fresca.

–Es de hoy, niño. Tómela con confianza.

Juan Madera bebió la leche. Aún estaba tibia, muy rica.

–¿De dónde sacaste esta leche? Porque no hay reses en la plaza.

–Una vaca mansa se mezcló con las montunas... esa de allá, ¿ve, niño?, la de los cuernos partidos.

La vaca de los cuernos recortados estaba mirándolos, un poco apartada de las otras. Su piel manchada estaba llena de abrojos. El joven aprendiz se acercó con interés. La vaca tenía un trozo de cuerda alrededor del cuello, y una "S" y una "A" marcadas en el anca con letras de molde. No huyó, ni siquiera cuando Juan Madera le acarició el lomo. En la pata de adelante, la vaca tenía una verruga de lo más interesante.

–¡Es el *cowpox*! –murmuró Juan Madera, atónito.

Quiso tomarla de la cuerda, pero la vaca retrocedió y se volvió a mirarlo por entre el follaje de unos sauces. Juan Madera se acercó de nuevo. La vaca retrocedió y se quedó esperándolo. Sus ojos revelaban una inteligencia casi humana.

–No te me vayas... Vos podés salvar una vida –dijo Juan Madera.

La siguió hasta que la costa se hizo salvaje.

Había más vacas en la playa, rodeando algo que parecía un lío de ropas secándose el sol. Las vacas mantenían apartados a los perros cimarrones.

Al ver a Juan Madera, los salvajes canes comenzaron a ladrar con furia.

El aprendiz sacó el pistolón y dio un tiro al aire. Los perros se dispersaron aullando.

Juan Madera se acercó y descubrió a Juana. Estaba inconsciente.

La vaca de cuernos recortados, que no era otra que la Manchadita, mugió suavemente y lamió las mejillas de su dueña.

XVIII

Limpieza de sangre

Anselmo estaba triste. Sentía el cuello como endurecido y estuvo a punto de caerse de rodillas sobre la tierra del camino un par de veces.

Umbapa caminaba a su lado. No abandonaban la línea de la costa, esperando encontrar a Juana en alguna parte.

El destino de la chica ponía tan sombrío a Anselmo, que no tenía la menor pizca de alegría, a pesar de haber llegado sano y salvo a las puertas de Buenos Aires. ¡Juana! Anselmo no podía creer que la habían perdido. ¡Se había acostumbrado tanto a su presencia! A veces era un poco mandona y chúcara, pero también era reflexiva y tierna, cuando quería.

Umbapa se mordía los labios, siempre a punto de hablar. Se sentía un poco culpable. Si no hubiera construido la *coracora*...

Cubrieron así, en silencio, gran parte del camino, hasta que divisaron, a los lejos, una muchedumbre que se acercaba velozmente, montada a caballo.

¡Era la avanzada de las huestes secretas! Venía sin esconderse, a plena luz del día. Umbapa salió al encuentro de la tropa y le hizo señas para que alguno se detuviese. Finalmente, dos hombres acortaron la rienda de sus caballos.

–¿Qué te pica, negro? –dijo uno.

Umbapa se volvió a mirar a Anselmo, que se había sentado en el suelo.

–Mi amo tiene que llegar a Buenos Aires. Es asunto de vida o muerte.

Anselmo se tocó las orejas, incrédulo. ¿Umbapa lo había tratado como su amo? El inteligente muchacho le guiñó un ojo y siguió hablando.

–Es el hijo de Olima.

–¡El hijo del teniente Olima! –el paisano se bajó de un salto y levantó a Anselmo tomándolo por un codo.

–¡Venga, niño!

Le ofrecieron a Anselmo un caballo de repuesto. Anselmo se acomodó como pudo y Umbapa se trepó en el anca, dudoso:

–¿Podés guiar este animal? –consultó. Era la primera vez que subía a un caballo y tenía un poco de miedo.

Anselmo dijo que sí con la cabeza. Tomó las riendas, y le dio al caballo un golpecito en las costillas, con el talón. Enseguida arrancaron. Umbapa se tomó involuntariamente de las crines y Anselmo se despabiló bastante con la cabalgata.

Empezó a sentir una especie de orgullo al descubrirse cabalgando como un hombre hecho. ¡Y en un alazán de primera, como siempre había querido! Sus paseos a caballo se reducían a las tardes en la Alameda, en la aburrida petisa de la familia. Pero esto era muy distinto. De alguna forma, estaba siendo parte de las huestes secretas que venían a reconquistar la ciudad.

Llegaron a la plaza del Retiro justo cuando una avanzada inglesa estaba entrando a la plaza de toros.

Pero esta vez, los criollos no se dispersaron. Se formaron en cuadro, aprontando un pequeño cañón, mientras los ingleses trataban de ganar el perímetro de la plaza, disparando algunos tiros de fusil.

Los paisanos que venían con los chicos saltaron de sus caballos y se parapetaron tras unos puestos desiertos. Desde allí empezaron a cargar sus fusiles. Umbapa y Anselmo también bajaron, cargando unas baquetas y los cartuchos. Los dos se refugiaron tras el puesto mayor. Anselmo alcanzó los cartuchos a uno de los milicianos. El cuerpo le temblaba de excitación.

El cañón de la hueste secreta resonó con fuerte estampido. Hubo gritos en inglés, algunas maldiciones. Anselmo empezó a ver cómo las fuerzas británicas retrocedían hasta ganar la calle del Correo. ¡Estaban huyendo!

–Son pocos. No quieren arriesgarse.

–¡Metámosle bala hasta la ciudad! –propuso a los gritos un paisano de la Banda Oriental.

–No. Tenemos orden de esperar acá al resto de las tropas. Más bien ocupemos la plaza –dijo el que parecía el jefe, un corsario llamado Mordeille.

Así que dejaron fugar a los ingleses y lentamente fueron ocupando el centro de las corridas de toros. Anselmo y Umbapa iban entre los últimos. Anselmo tropezó con un hueso y se cayó. Quedó inmóvil en el medio del barro. Umbapa se arrodilló a su lado.

–¿Qué tenés, blanco? ¿Qué te pasa?

Lo zamarreó hasta el cansancio, pero Anselmo no podía levantarse. Así que Umbapa tuvo que arrastrarlo al interior de la plaza, donde la avanzada de la hueste estaba armando su nuevo campamento. Era un lugar con gradas, como un circo romano. Ellos estaban en el campo.

A eso de las ocho de la noche llegó el grueso del ejército de Liniers, con el comandante al frente. El teniente Mordeille lo enteró de la escaramuza que habían tenido, y de cómo los ingleses habían huido hacia el centro de la ciudad.

Lejos de las decisiones de los jefes, la tropa se preparaba para vivaquear en la plaza de toros. Lentamente se iban sumando más gentes del pueblo, deseosas de participar. Todo era animación y optimismo. Negros e indios también eran de la

partida, con lo cual la presencia de Umbapa no llamó la atención de nadie. El joven de Nguengué acomodó a Anselmo junto a una fogata y fue a buscar una ración de pescado y batatas que estaban repartiendo como rancho.

Anselmo miraba todo como desde un sueño. Se apoyó contra uno de los muros de la plaza porque no podía estarse sentado. Una mujer mestiza, que repartía vino desde una botija, le tuvo piedad y le apoyó la mano en la frente.

–Juana... –murmuró Anselmo.

Umbapa llegó justo entonces. La mujer lo miró preocupada.

–Tu amo tiene fiebres –dijo.

Umbapa se acuclilló al lado de Anselmo:

–Ánimo, blanco. Yo no sé dónde es tu casa. Tenés que estar bien para indicármela.

–Umbapa... Creo que la tengo.

–¿Qué decís? ¿Estás delirando?

–No. Creo que me agarré la viruela...

La mujer del vino le tocó el cuello y le miró el blanco de los ojos. Enseguida se incorporó, espantada.

–¡Tiene razón! ¡Está incubando la peste!

Se levantó santiguándose y salió disparada entre los soldados. Umbapa tragó saliva. Notó como desde la fogata los miraban todos.

Se hizo un pesado silencio alrededor del vivac. Un paisano se levantó, contemplándolos se-

riamente. Umbapa pensó que los iban a sacar del campamento a patadas, para rematarlos afuera. Había visto procedimientos parecidos. Cerró los puños y apretó los dientes, esperando lo peor.

Pero el paisano se limitó a sacarse el poncho, indicándole con un gesto que envolviera con él a Anselmo.

–Así suda la calentura – dijo, con acento del sur.

Otro paisano le alcanzó un escapulario con la imagen de San Martín.

–Es el patrono de la *ciudá*. Lo va a aliviar para que seamos más contra el hereje.

–Acá hay caldo.

–Y acá vino –dijo la mujer mestiza, reapareciendo con un jarro lleno.

Umbapa les sonrió, agradecido.

Pronto cayó la fría noche. Parte de la tropa había marchado a Miserere.

El resto dormía en la plaza de toros. La lluvia se había ido, pero el frío calaba los huesos. Umbapa se había echo un ovillo lo más cerca que pudo de las brasas del vivac, extrañando el cálido sol de su tierra natal. A su lado, Anselmo se quejaba en sueños.

–Umbapa... –dijo de pronto, bajito.

–¿Estás dormido? –preguntó el negro, apoyándose en un codo.

–No, aturdido... Te estoy llamando... –Anselmo estaba ronco.

–¿Qué pasa?...

–Esto va mal... Creo que voy a necesitar... A necesitar...

La voz se le moría en la garganta. Umbapa se arrodilló junto a él y lo tomó del hombro.

–Anselmo –llamó. Era la primera vez que no le decía *blanco*.

Anselmo abrió los ojos y le señaló el *cowpox* que pendía de su brazo.

Umbapa se miró, y después miró a Anselmo.

–¿Estás seguro? Mirá que es muy doloroso.

Anselmo tragó saliva. Se recordó un año atrás, luchando a brazo partido para que Juan Madera no lo sangrara. Pero de ese día a este habían pasado tantas cosas...

–Tengo que vacunarme... No me quisiera perder... la batalla final de las huestes secretas... por nada... –dijo.

Umbapa sacó su cuchillo de hueso.

–No sé cómo hacer.

Anselmo se abrió la camisa, dejando ver todos sus amuletos.

–Fácil. Te cortás... Y a mí también me hacés un tajo, hondo, en el brazo. Después, apretás tu corte contra el mío, hasta que el *cowpox* me traspase...

–Aé. Pero entonces sacate la camisa, así no se te llena de sangre –dijo Umbapa.

Anselmo se puso pálido. Pero logró incorporarse y sacarse la maltratada prenda por el cuello.

Temblaba como una hoja, en parte por el frío, en parte por el miedo. Umbapa no resistió hacerle una broma.

–¡Tenés piel de gallina, blanco!

–Callate... Bozalón...

Los dos se rieron. Pero enseguida se pusieron serios. Umbapa también tenía miedo. Siempre había tratado a la verruga del *cowpox* como algo ajeno a su cuerpo. Pero ahora iba a cortarse a sí mismo desafiando las leyes de *Caloé*. Anselmo se sentó, tratando de mantenerse derecho. Miró a Umbapa con ojos que la fiebre hacía más grandes.

–Cortá rápido, Umbapa. Que no quiero sufrir.

Umbapa vaciló.

–Podemos buscar a Juan Madera para que te asista.

–No. Ya no hay tiempo. Pero hablame de algo mientras todo pasa.

Umbapa apoyó el cuchillo contra las brasas.

–En Nguengué no se puede dirigir la hoja del puñal contra sí mismo –dijo–, salvo en una ocasión.

Con pulso firme, acercó el filo de hueso y se abrió un tajo en la ampolla del *cowpox*. La frente se le llenó de sudor. Dolía. De la herida salió mucha sangre, y luego un líquido virulento.

–Cuando un hombre salva a otro que no pertenece a su familia, se hace un pacto. Entonces *Caloé* permite que la sangre brote, y que se unan,

para que sigan corriendo juntas, como si fueran la misma.

Anselmo asintió, sudando, y cerró los ojos. Umbapa le apoyó el cuchillo sobre el brazo y trazó una línea roja. La piel de Anselmo cedió como la cáscara de un durazno. Anselmo apretó los dientes, tratando de no mirar, concentrándose en las palabras de Umbapa:

–Entonces nada importa, que sean de una tribu alejada o que hayan sido enemigos. Este pacto los convierte en hermanos.

Anselmo abrió los ojos. Las miradas de los dos chicos se encontraron. Anselmo levantó el brazo y lo apoyó resueltamente contra el brazo de Umbapa. Umbapa lo sostuvo mientras el *cowpox* se abría paso, lentamente. La sombra de los dos parecía una misma sombra, dibujada en el muro contra la luz de la fogata.

–¿Será suficiente? –murmuró Umbapa.

–Yo creo que sí...

Lentamente separaron los brazos. Anselmo se miró. La sangre se le estaba coagulando.

–En Perdriel, Juan Madera limpiaba las heridas con vinagre... decía que así se evitaba el pasmo.

–No hay vinagre. Tenemos este vino...

–Debe ser lo mismo, Umbapa. Ponete un poco primero...

Umbapa se inspeccionó la verruga. Esta había adelgazado hasta tal punto, que el brazo le

estaba quedando de nuevo en dimensiones normales. Se echó vino y saltó maldiciendo en *caloé*. Anselmo, a pesar de su debilidad, no pudo reprimir la risa.

–¡Qué te pasa!

Enojado, Umbapa vertió el resto del vino en la herida de Anselmo. Ahora fue él el que se acordó de todos sus antepasados, con limpieza de sangre o sin ella. ¡Eso sí que ardía!

Por fin en paz, se acostaron junto al fuego y durmieron hasta la mañana del 11 de agosto.

XIX

Las huestes secretas

Un tímido sol se abrió paso entre las nubes. La gente del pueblo preparaba sus armas para la batalla final.

Anselmo se levantó con un ánimo extraordinario. Ya no le dolía la cabeza. Se tocó la cicatriz del brazo con la punta del dedo. Tenía una pequeña dureza. Le molestó un poco, pero no era nada del otro mundo, después de todo.

–¡Funcionó, Umbapa! ¡Me siento bien!

Umbapa estaba feliz. La verruga que tanto lo había molestado había desaparecido. Era otra vez un joven armonioso.

–No se podía esperar otra cosa de mí, blanco.

Anselmo vio que Umbapa le sonreía francamente. ¡Estaba aprendiendo a bromear a pasos agigantados! Anselmo le dio un empujón de camaradería, y Umbapa le devolvió otro que lo tiró de espaldas contra las gradas, eso sí, sin perder la sonrisa amistosa.

–Bueno –dijo Anselmo recuperando el aire–, tenemos que llegar a mi casa lo antes posible.

Está a unas quince cuadras. Podemos hacerlas caminando.

La ciudad estaba en ebullición. Había gente preparándose para la pelea. Todos estaban seguros de la victoria. Las huestes, con cientos de voluntarios, se habían reunido en los Corrales de Miserere. Nadie parecía acordarse de las diferencias que existían entre vecinos. Todos se sentían parte de algo grande.

Anselmo y Umbapa recorrieron las calles contagiándose del espíritu ciudadano. Pero de vez en cuando, sentían una punzada de dolor, que no venía de sus brazos. La vista de un grupo de lecheros sumió a Anselmo en una muda tristeza.

Evitaron la plaza mayor, porque ahí estaba el grueso de las tropas enemigas. Por fin llegaron a casa. En la puerta, atada a la reja de la ventana de la sala, estaba la Manchadita.

–¡Pero esto es imposible! –gritó Anselmo. La vaca lo miró y lanzó un suave mugido de bienvenida.

La Pancha apareció en la puerta, blandiendo un fusil con bayoneta.

–¡Quién vive! –gritó, mirándolos de arriba a abajo. Anselmo le abrió los brazos, sorprendido.

–¡Soy, yo, Panchita! ¡Anselmo!

La Pancha tiró el arma y se llevó las manos a la cara.

–¡Niño! ¡Niño Anselmo! ¡Cómo será que vuelve de cambiado que esta pobre negra lo desconoció!

–Debe ser por el barro que traigo encima, Pancha.

–Pero, ¿quién es este otro? –dijo Pancha señalando a Umbapa.

–Es Umbapa, Pancha. Es... mi amigo.

Umbapa miró fijo a la Pancha. Después fue hasta ella y le tomó el codo rozándolo con el suyo. Era el saludo de Nguengué.

Para sorpresa de Anselmo, a la Pancha se le llenaron los ojos de lágrimas.

–*Mbata caloé*... –murmuró ella.

–*Mbata*, Pancha. *Mmbata caloé* –dijo Umbapa.

La negra le sonrió. Anselmo descubrió sin que nadie se lo dijera, que la Pancha y Umbapa venían del mismo lugar.

De adentro vino una voz más grave que la de Anselmo.

Anselmo tomó a Umbapa del brazo y juntos, con la Pancha, entraron a la casa. En la sala estaba Gerardo, repuesto y sonriente. Anselmo se rascaba la cabeza sin entender.

–Pero, ¿cómo? ¿Al final no tenías la viruela?

–Estuve a punto de tenerla, aturdido. Pero tu amiga me salvó.

Riéndose, Gerardo los condujo a su habitación. En la cama de Anselmo estaba Juana, con un paño en la cabeza. Lucía muy pálida, pero sonrió cuando vio a sus compañeros de viaje.

–Anselmo Olima... Umbapa...

Juan Madera entró lo más tranquilo con una olla de agua caliente envuelta en trapos.

–A ver, aire, que vengo de la cocina –dijo, masticando una nueva tanda de sus semillas–. Esta chica necesita vahos calientes.

–¡Juan Madera! –dijo Umbapa.

Juan Madera lo saludó con la cabeza, apoyando la olla caliente en el piso, junto a la cabecera. Después, se sentó en un banco y le tomó el pulso a Juana.

Anselmo no cabía en sí mismo de la alegría. ¡Ahí estaba otra vez la pequeña lechera! Se arrodilló junto a ella muy emocionado.

–Esto es un milagro, nena... –dijo.

–La Manchadita nos salvó a todos... –murmuró Juana mirándolo a los ojos–. Me encontró desmayada en la playa del Retiro, me defendió de unos perros cimarrones y atrajo a Juan Madera para que me encontrara.

–Además, la Manchadita tenía el *cowpox*. Con eso vacuné a tu hermano y saqué nuevas muestras para el Protomedicato –dijo Juan Madera.

Anselmo y Umbapa se miraron.

–¡La vaca tenía el *cowpox*!

–Y claro, aturdido –intervino Gerardo–. *Cow* quiere decir vaca. Tanto tiempo con los ingleses en la ciudad, y no aprendieron el idioma...

–¡Pensar que todo el tiempo tuvimos el remedio ante nuestras narices y no nos dábamos cuenta! –meditó Anselmo.

–Hay muchas cosas que no sabíamos ver –dijo Juan Madera–. Pero podemos empezar a remediarlas.

Unos cañonazos aturdieron los oídos de todos. La Pancha entró con un fusil. Juan Madera lo tomó y pellizcó la mejilla de Juana.

–Ahora, aspirá estos vapores de eucaliptus, así olés un rico perfume mientras se alivia tu pleura.

–¿Adónde vas, Juan Madera? –dijo Anselmo, tuteándolo.

El joven aprendiz le guiñó un ojo, fusil en mano.

–Con la gente, a liberar la ciudad.

Cuando Juan Madera salió de la habitación, Gerardo se arremangó y le mostró la cicatriz de la vacuna a Anselmo.

–Mirá, enano. Quiero ver cómo llorás cuando te la den a vos, porque el doctor dijo que tenías que vacunarte también.

Anselmo y Umbapa sonrieron. Anselmo mostró orgulloso su propia cicatriz, alargada y nítida.

–Tarde piaste, pichón. Yo ya estoy vacunado.

Gerardo se quedó muy sorprendido. Juana lo miraba, llena de admiración. Anselmo hizo a un lado a Gerardo con un empujón desdeñoso y tomó

la mano derecha de Juana. Umbapa le tomó la izquierda. Los tres se quedaron un rato juntos, recuperándose de tantas emociones. Finalmente Juana les apretó los dedos con toda la energía que era capaz.

–¡Vayan ustedes también! –dijo–. ¡Échenlos de una vez!

Anselmo siempre guardó en su memoria la primera imagen del pueblo de Buenos Aires con el miedo perdido.

Las tropas de las huestes secretas se revelaron con toda su fuerza. Penetraron por las calles y fueron limpiándolas de enemigos a fuerza de metralla y de tesón. Todos se lanzaban a la lucha. La gente quería echar al invasor, recuperarse de tantos días de humillación y despojo.

Si se trancaba algún cañón en el barro, salían cientos de manos para socorrer a los cañoneros, levantando la pesada artillería a pulso. Eran huestes de vecinos, criollos, indios, esclavos, gente de la campaña. Todo ese pueblo que Anselmo había conocido en su aventura se apiñaba con un propósito común, que era reconquistar la tierra para aprender a vivirla como propia.

La batalla fue sangrienta, porque los invasores se defendían, porque eran soldados profesionales, acostumbrados a las penurias de la

guerra. Pero pudo más la energía de la gente, una energía antes secreta, recién descubierta, una alegría de saberse capaces de obrar grandes cosas.

A las primeras horas del 12 de agosto de 1806, la batalla estaba ganada.

Epílogo

Después de la victoria, la ciudad se iluminó durante dos noches y hubo muchos festejos.

Juana se reponía poco a poco de la pleuresía que había ganado en el río. Su abuela, Selva Ávalos, había venido a la ciudad para participar a su modo de la reconquista, y se encontró con la noticia de que su nieta era una especie de heroína en la casa de los Olima. El padre de Anselmo, don Miguel Olima, llegó después de la rendición de Beresford y no quiso que la salerosa mujer se llevara a su nieta a la campaña, sino que la dejó en su casa, atendida por Argerich. Lo único que la anciana pudo llevarse fue a la Manchadita, para desgracia de Juan Madera, que quería estudiarla para obtener más *cowpox*.

–No importa –reflexionó, masticando siempre sus semillas–. Tiene que haber más vacas que porten el fluido.

–Yo te voy a ayudar a encontrarlas –le prometió Juana.

Curiosamente, don Miguel Olima no retó ni una sola vez a Anselmo por la pérdida de los papeles de la familia, ni por el reloj de oro cambiado

por una horma de queso. La batalla también había dejado su huella en él.

Estaba más que agradecido con Umbapa. Anselmo le había contado lo que el muchacho había hecho, derramando su propia sangre para que él se curase. Don Olima le ofreció trabajo en su casa, en condición de liberto. Pero Umbapa no se decidía. La Pancha estaba encantada con él, pero el muchacho había venido a Buenos Aires por otros motivos.

La noche del 13, Anselmo, Umbapa y Juana caminaron por la plaza mayor. La gente del pueblo festejaba con danzas y castillos de fuego el triunfo de la ciudad.

Los chicos llegaron paseando hasta el río. Unos negros grandes bailaban *candombé* en la orilla. Unos niñitos, posiblemente sus hijos, trataban de encender una fogata.

Anselmo se les acercó entusiasmado. Los ayudó a poner las maderas en forma de pirámide, le agregó pastos secos y enterró una brasa viva de una de las fogatas contiguas. Lentamente, el fuego fue prendiendo, iluminando la cara de los chicos, que se pusieron a aplaudir.

Anselmo se sintió feliz, con el corazón tan caldeado como las llamas de su fogata. Dejó a los chicos saltando alrededor del fuego y se acercó a Juana y a Umbapa. A sus amigos.

Umbapa tenía la cara llena de nostalgia. Juana, todavía convaleciente, le tocó débilmente el hombro.

–Vos viniste por los tuyos... Por los que estaban con vos en La Rosa del Río...

Umbapa miró tristemente las aguas negras.

–Sí... Yo tenía esperanzas de encontrar a alguno de los amotinados.

–Pero eso no es imposible. Alguien tiró la piedra, allá en Perdriel –dijo Juana.

Umbapa trató de explicar lo que sentía.

–No sé. No creo que ninguno aguantara mucho tiempo. Los hombres de Nguengué nacimos libres. Y acá, eso es muy difícil de lograr...

–Quién sabe... –dijo Anselmo–. Me parece que vienen otros tiempos.

–¿Qué decís, Anselmo Olima? –preguntó Juana.

–Digo que vienen otros tiempos. De cambios.

Juana sonrió en la noche iluminada por los fuegos artificiales.

–El viaje en la *coracora* te revolvió los sesos, Anselmo...

Los tres se rieron un poco, y luego se quedaron mirando las aguas del Río de la Plata, tranquilas por fin después de tantos días de tormenta.

Parecía que en cualquier momento podía asomarse una náyade, buscando a todos sus hermanos, sin importarle del color que fueran.

Palabras de despedida

Atrás queda la historia que acabás de leer. Atrás queda y, sin embargo, estamos seguros de que recordarás por mucho tiempo a sus protagonistas: a Anselmo Olima, convertido casi en un hombre; al valiente Umbapa, al fin libre, y a Juana, esa inolvidable, invencible lechera de la vieja Buenos Aires. Y es muy posible que te preguntes por los orígenes de esta conmovedora aventura.

Parte de esta historia es verídica. La Rosa del Río existió, y sus tripulantes introdujeron la vacuna en Montevideo.

Juan Madera finalmente se recibió de médico. Con el tiempo descubrió nuevo *cowpox* en vacas y se dedicó a hacer campañas masivas de vacunación para que nadie más muriese de viruela. Fue médico de la Casa de Niños Expósitos, que albergaba a los huérfanos de toda la región. Además, fue un hombre valiente, uno de los primeros en adherirse a la revolución de Mayo, dentro de las filas de los morenistas.

Para escribir *La Rosa del Río*, la autora se dedicó a leer documentos y papeles de archivo, además de textos de historiadores.

Pero también disfruta mucho leyendo libros de ficción. Le preguntamos si tenía algunos para recomendar y nos dijo lo siguiente:

"Yo leo de todo un poco, pero cuando era chica me encantaban los libros de Philippe Ebly. Mi favorito hasta el día de hoy se llama *El evadido del año II*. Habla de la revolución francesa y está muy bien escrito.

Misteriosa Buenos Aires, de Manuel Mujica Lainez, en otro tono, es muy interesante para encontrar aspectos mágicos de nuestro pasado y aprender a tener una prosa elegante.

Prueben también con Horacio Quiroga, es un autor muy moderno. Vale la pena leer sus *Cuentos de la selva*. Toda la literatura que entretenga, conmueva y haga pensar es buena literatura".

Biografía

Laura Ávila nació en Buenos Aires en 1974. Es guionista, aunque también se dedica a escribir cuentos y novelas para niños y adolescentes. Comenzó su carrera guionando historietas para la Editorial Columba.

Es egresada del IDAC, la mítica escuela de Cine de Avellaneda.

Trabajó coordinando grupos de jóvenes para el programa Casa de los Adolescentes. En el 2007 la productora audiovisual que formó con sus alumnos ganó el festival *Hacelo corto*.

Tiene escritos tres largometrajes: *La fiesta de Mayo*, *Choripán* (junto a Alfredo Arias y Gonzalo Demaria) y *Moreno*.

También es guionista de TV. Durante 2008 escribió diálogos para *Cris Morena Group*. Actualmente trabaja en la productora de Lita Stantic.

Además publicó una saga de dinosaurios. Cuentos como "El primer recreo" y "Virginia y la Salamanca", pueden leerse en las antologías

¡Todos al recreo! y *La última rebelión*, de la editorial Amauta.

Laura tiene pasión por la historia argentina. Sus trabajos están orientados a una recreación de la vida social en el siglo XIX. *La Rosa del Río* es su primera novela.

ÍNDICE

I.	Fuego	9
II.	La peste	17
III.	En el Protomedicato	25
IV.	En el hospital betlehemita	31
V.	La Pancha	39
VI.	La chacra de Perdriel	46
VII.	La contienda	58
VIII.	En el agua	67
IX.	Johannes	72
X.	La Rosa del Rio	81
XI.	Desde el fondo	89
XII.	La vacuna	95
XIII.	El trabuco de culata de marfil	99
XIV.	Sudestada	115
XV.	Los isleros	120
XVI.	*Coracora*	127
XVII.	De Juana y de Juan	135
XVIII.	Limpieza de sangre	140
XIX.	Las huestes secretas	150
	Epílogo	157

COLECCIÓN

Mar de papel

SERIE NARANJA (DESDE 7 AÑOS)

Hechizo de espuma • Liliana Cinetto
La bicicleta voladora y otros cuentos • Lucía Laragione
Ratones de cuento • Patricia Suárez
Un buen rato de teatro • Adela Basch
Las Chuchis • Eduardo Elgieser
Familias raras de este planeta y otros • Graciela Repún
La Maga Inés • Mercedes Pérez Sabbi
Ensalada de bichos • Patricia Suárez
Peces de la noche y otros animales de poesía • Liliana Cinetto

SERIE MORADA (DESDE 9 AÑOS)

Mis días con el dragón • Eduardo Abel Gimenez
Burladores Burlados • Fernando Sorrentino
El Partido y otros cuentos • Mario Méndez
Los crímenes del mago Infierno • Franco Vaccarini
Lluvia de esqueletos • Germán Cáceres
Un capote de primera; La nariz andariega • Didi Grau
La niña momia y otros cuentos • Mario Méndez

SERIE ROJA (DESDE 11 AÑOS)

Los dragones de Cristal • Jorge Grubissich
Escondidos • Laura Ávila
La casa de las ánimas • Emilio Saad
Fiesta • Ariela Kreimer
El tercer conjuro • Carlos Schlaen
La Rosa del Río • Laura Ávila
Tratado universal de monstruos • Lucía Laragione
Nunca me gustó viajar y otros cuentos antes de partir (O. Drennen / A. Durini / P. Fabrykant / A. Kreimer / M. Méndez / E. Saad / P. Suárez / C. Tosi / F. Vaccarini)

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JULIO DE 2014 EN
EL TALLER DE LA COOPERATIVA CHILAVERT ARTES GRÁFICAS,
IMPRENTA RECUPERADA Y GESTIONADA POR SUS TRABAJADORES.
M. CHILAVERT 1136, BUENOS AIRES.

IMPRENTACHILAVERT@GMAIL.COM

La Rosa del Río

Laura Ávila

Ilustraciones de Nicolás Armano

"¿Dónde está la gente?" se pregunta Anselmo al descubrir su casa deshabitada. Corre 1806 y los soldados ingleses son dueños de la ciudad. Todo parece complicado esa mañana de invierno.

¿Tendrá valor Anselmo para salir a la calle y buscar respuestas? ¿Qué lo esperará más allá de la casa familiar, en una Buenos Aires amenazada?

Un poco de leche fresca y una rosa pintada son los disparadores de esta apasionante aventura.

Colección Mar de papel

CRECER CREANDO
CRECER CON LIBROS